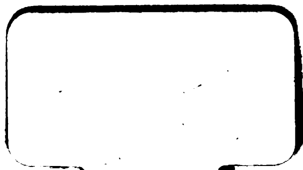


ANTONIA
FUERTES

NOVELA

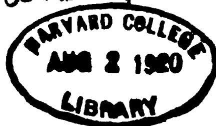
POR

EL MARQUÉS DE FIGUEROA

Ars et veritas



MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1885



Es propiedad del Autor.



PRÓLOGO

No sé si al escribir ANTONIA FUERTES habré acertado: sé—y muchos lo ignoran,—que novelar es muy difícil: que no es hoy la novela mera fábula, libre producto de la fantasía del autor, sino trabajo de observación honda y meditada, estudio serio y grave de la vida. De aquí, la importancia que tiene y la boga que alcanza. Comprendiéndolo así la Sociedad recreativa de Artesanos de la Coruña, al celebrar literario certamen, tuvo el feliz acuerdo de conceder un premio á la mejor novela, y la suerte ha querido que se juzgue tal esta mia [1]. ¡Ojalá el favorable veredicto del ju–

(1) Formaron el Jurado los Excmos. Sres. D. Antonio Cánovas del Castillo, D. Emilio Castelar, D. Segismundo Moret, D. Gas–

rado halle plena confirmación en el inapelable juicio del público!

Ante todo, he procurado analizar lo que después había de describir, buscando el lógico y natural desarrollo de las acciones libres; pintando malo lo malo y bueno lo bueno, esto es, no falsificando la realidad, porque á una realidad falsa corresponde una moral lo mismo, y dando á los hechos calor, animación é interés, para que no resultase mi libro híbrido engendro.

Escogí por lema el sabido *Ars et veritas;* lo cual, expresado de otro modo y en romance, quiere decir que parto como base de la verdad, y que aspiro como fin á la belleza.

par Núñez de Arce, D. Ramón de Campoamor y los Sres. Don Luis Alfonso y D. José Rodrigue z Carracido, Secretario el Señor D. Alfredo Vicenti. Consistía el premio en 1.000 pesetas.





I.

Coquetuelamente situado el puerto de Santa Cristina al pie de una graciosa loma, en cuyo alto lucían talle airoso gigantescos pinos y que adornaba en su caida espeso y variado matorral, rodeábanle terrenos cultivados con esmero, abundantes en producción de frutos útiles y de frutas regaladas. Ciñendo el bello paisaje se extendia la mar, que formaba golfo, por lo bien resguardado, sereno y apacible. Oíase desde el risueño puertecillo, el bramar de la tormenta y el ruido seco é imponente de las olas al estrellarse contra los vecinos cabos, y aun en el puertecillo mismo algunas veces, á pesar de su posición estratégica, se agitaban las aguas, que iban y venían sin darse punto de reposo, presididas por el genio de la confusión, levantando blancos copos de espuma, que ser-

vían de coronamiento á las azules ondas. No sé si eran más bellos aquellos lugares entonces, cuando á los ruidos airados de la mar se unían los ruidos misteriosos de la tierra, y los árboles sacudían sus copas á merced de los vientos, y las nubes corrían, ya en tropel semejando fantasmas gigantescos, ya vagorosas, entibiando el ardor de los solares rayos; ó cuando en calma, el cielo despejado y azul y reflejando el mar su nitidez y transparencia, destacábanse en la tierra, bañada de sol, los vivos matices del nada monótono paisaje.

A la derecha de Santa Cristina, y á no muchas millas de distancia, veíase tranquila y hermosa bahía, adornada con embarcaciones de alto bordo, que proyectaban negra sombra á su alrededor y elevaban á los aires gallardos mástiles, encargados de ondear en fiestas clásicas, las banderas de sus respectivos paises. Y detrás de la hermosa bahía y como surgiendo de las aguas, alzábase bella ciudad: á un lado edificios de cantería gris, de aspecto vetusto y severo; al otro, barriadas elegantes, risueñas, casas con miradores de vistosa cristalería, paseos poblados de árboles. En primer término los muelles de

recia construcción; avanzando mar adentro el malecón pintado de negro y de rojo.

Frente á la obra del hombre, la creación de Dios: de un lado, y entre campos de vegetación pobre, la ciudad importante, capitanía general, capital de provincia de primera clase, etc., etc.; del otro, costa abundante en producción, campiña fertilísima en que variados tonos de color y distintos matices de luz, daban al paisaje la más grata de las perspectivas. Y diseminadas entre las vegas y los bosques, alegres aldeas; y á orillas de la mar, arrullados por sus halagos ó combatidos por la saña de sus olas, pequeños ignorados puertecillos.

Veíase también desde Santa Cristina, en no remoto término, la mar internándose pacífica y calladamente entre bellas colinas y plegándose en ondulante línea á las exigencias del terreno, que iba tomando aspecto más accidentado según se estrechaba la ría. Y por fin se entreveían, allá en el fondo, á pesar de la neblina de la distancia, montecillos de suave curva, que parecían labor de difumino..........................

En lugar el más apartado y solitario de Santa Cristina, al pie de una cuesta cuya

penosa ascensión burlaba con el culebreo de sus vueltas y revueltas angosto sendero, hallábase una casucha pequeña y ruinosa. Escondida en húmeda hondonada, lejos de toda humana habitación, parecía pesarosa y avergonzada de su miseria. Cuantos pasaban por el angosto sendero, miraban de reojo y afectando mal talante, aquella pobre casa, sin que fuese motivo su pobreza misma para moverles á piedad. Y es que las más peregrinas consejas, los cuentos más inverosímiles de brujas y de duendes—aprendizaje de la infancia que no se olvida en la vejez si se da unido á la fácil credulidad y á la rústica ignorancia de la gente campesina,—parecían aparejados para ofrecerse á la imaginación, ante la perspectiva aquella. Para complemento de tan misteriosas apariencias, vivían en la casa dos mujeres advenedizas, gitanas de raza, y que nacidas así como el hongo donde menos se piensa, y por de contado de vientre de mujer—no empiezo á referir ningún cuento de hadas,—pusieron término á su vida errante y vagabunda y á su existencia azarosa, fijando residencia en Santa Cristina.

Eran las dos hermanas parecidas, sin du-

da porque llevaban ambas, como marca delatora, el sello de la casta. Lo cual no quita para que fuese la menor de facciones redondeadas, nada escasa de carnes, rosada de color y de expresión animada; complemento todo ello de un cuerpo de real moza y mujer robusta: en tanto que su hermana, chupada como una sanguijuela, de cara prolongada y huesosa, y cuerpo estrecho y escurrido, antes que mujer semejaba diabólico espectro ó espantable fantasma. Llevaba ésta de ventaja ser lista de condición, aunque avinagrada de genio. Venenosa como un áspid—cuando hablaba destilaban ponzoña sus labios en forma de murmuración,—ligera como una ardilla y lista como si algún espíritu maligno estuviera en posesión de su cuerpo sirviéndola de oráculo, se dedicaba la gitana, de nombre Tiburcia, al seguro y barato oficio de descubrir los más hondos secretos, por el ya viejo procedimiento de echar las cartas; práctica entreverada con la no menos gitanesca de decir la buenaventura, leyendo en la palma de la mano los misterios de lo porvenir, á trueque de recibir en presente algunos monises de propina.

Aquellas dos mujeres eran inspiradoras,

y por bien distintos motivos, de recelos temerosos y de mal encubiertos deseos: á un tiempo atraían y repelían. Fuerza moral que mantenía las vivas curiosidades de muchos y los graves temores de no pocos en el término medio de la espectativa: lo cual, haciendo el vacío alrededor de aquellas mujeres, contribuía á rodearlas de una aureola de misterio. Los que atravesaban el dintel de su casa iban generalmente impelidos por la superstición, y era como imán que les atraía aquella baraja sucia y grasienta, habida por transmisión hereditaria, que daba en manos de Tiburcia tan certeros y tan constantes resultados; los cuales no sucedían, según algunos, por virtud de la baraja misma, sino por evocación de mágicos conjuros, y para otros ni por virtud del medio, ó sea las cartas, ni por influencias extrañas de conjuros y de magos, sino por el ojo avizor de aquella mujer, por sus intuiciones proféticas y su excepcional espíritu, calificado á veces de angélico y á veces de diabólico, pero mirado siempre por la rusticidad campesina con supersticioso respeto.

Por lo que hace á las solicitaciones de la gracia hechicera de Feliciana— así se llama-

ba la otra, — bueno fué que el temor sirviese de freno á muchos; que sí á veces en presencia de sus encantos olvidaban aquellos temores para anteponer amorosos deseos, bien pronto cedían, así que la facha siniestra de Tiburcia aparecía como diabólica hechura capaz de poner pavor en el corazón mejor templado, y de disipar con el frío de una mirada de acero los vapores producidos por amoroso combustible.

Por su mal, hizo Feliciana enloquecer de amores al más gallardo y apuesto de los mancebos del lugar; mozo que trocaba los entusiasmos de un día en indiferencia y frialdad al día siguiente. Y como á su valentía nada le arredrase, antes bien con su valentía todo lo venciese, bien pronto logró entablar con Feliciana relaciones amorosas, que de nada platónicas pecaron. Fueron, por lo demás, breves como nube de verano, que anuncia bien pronto disiparse, apenas amenaza preñada de rayos y de truenos. Feliciana quedó en cinta: al cabo de nueve meses vino al mundo, no con predestinación de santa, coquetuela y hechicera desde sus primeros años, la hija de tales padres. La circunstancia de llevar por único

apellido el materno, señala la primera de las desgracias en la existencia de Antonia. Separadas madre y tía hacía luengos años de la poco honrada caravana de gentes iguales suyas, errantes y vagabundas por tierras distintas, que recorrían en peregrinación incesante, sin que cambiaran sus tipos ni variaran sus costumbres, dieron las hermanas prueba palpable del arraigo de éstas conservándolas, y de la fijeza persistente de los tipos, á través de la misma generación, cuando la hija de Feliciana y del vecino de Santa Cristina, resultó ejemplar acabado de los encantos de su madre en edición corregida y aumentada de gracia y donosura gitanescas.

Feliciana murió cuando contaba tres años el fruto de sus liviandades tentadoras; pobre niña á quien no transmitió por herencia, sino la carne de su carne y la leche de sus pechos: primero el sér, y después la garantía de una existencia triste y difícil como de mujer predestinada, que tendría que luchar con los presagios y las asechanzas ajenas. La fortaleza de los hombres suele hacer presa, aun sólo por alarde, en la debilidad de las mujeres á sí propias abandona-

das. Bien se me alcanza que aun á tanta costa, si la voluntad acude con empuje á la lucha que tiene por sino librar con el mundo y sus tentaciones, puede salir victoriosa: pero ha de estar caldeada la voluntad en el yunque de las difíciles resistencias...

Antonia creció sana y alegre; y eso que al lado de su tía, mujer díscola de carácter, llevaba una existencia abandonada y lánguida en casa sucia, mezquina y ruinosa. Privada Antonia de las caricias de la maternidad que inician las almas en los secretos de la bondad y del amor; rodeada de asperezas y de tristuras, sobrábanle motivos para que su condición de dulce se trocase en agria, para que á la mezquina herencia de la madre se uniesen por el hábito las prendas nada buenas de la tía, siendo ella así suma ó compendio de todo lo malo de la casta. A las quejas continuas, á las murmuraciones constantes que llevaban por contera tal cual paliza con su indispensable cortejo de gritos, lágrimas é imprecaciones, oponía Antonia, ora la resistencia pasiva de un silencio con fruncimiento de cejas y miraditas de reojo, ora la activa de alguna rabieta ruidosa de desahogo pronto y fácil. Llantos

que no hacen surco en las mejillas y lamentos que no causan mella en el alma.

Siempre que la dejaban, así que tuvo edad para ello, corría Antonia á unirse con compañeros de juego en la playa movida por ese amor intenso y sincero que á la libertad sienten los niños. ¡Hermoso maridaje sin duda el de la libertad y la inocencia! Antonia enredaba de buenísimo grado con niñas y con niños: algunos de éstos serían más tarde juguete de ella, y seríalo ella de las pasiones que la inspirasen. Esta es, á la postre, la ocupación de los humanos: jugar con fuego.

El periodo de la infancia es el periodo de la igualdad; confúndense en él sexos, caracteres y clases. Así, juntábanse los hijos de principales patrones de barco, los de labradores más ó menos humildes, los de jornaleros sin otro pan que el ganado por sus manos, los de pobres de solemnidad que vivían de las caridades del prójimo... una caterva, en fin, de muchachos, desharapados, sucios y maltrechos unos, bien aviados merced al paterno bienestar otros, todos unos é iguales ante la alegría y la inocencia. A cualquier príncipe, heredero de cien reyes,

le hubieran llamado de tú: es el tratamiento natural de los niños; en las poblaciones, el artificio ha enmendado la plana á la espontaneidad, al propio tiempo que una precocidad malsana ha usurpado sus fueros á la inocencia. En la playa, obligado punto de cita, los pequeños aprendían, antes que otras, palabras alusivas á la vida marinera, y los pequeños y los mayores, tomando por enredo el nadar, llegaban á nadar como unos patos. Los aires del mar, frescos y saludables por la influencia salitrosa, robustecían sus pulmoncillos, según los sabrosos pescados servíanles de primer alimento.

En sus juegos, que no siempre habían de ser idílicos, tal cual vez la disputa enardecía los ánimos, y tras la disputa venía el denuesto, abriendo camino al supremo argumento: la fuerza. Dividíanse entonces en bandos, y andaban á cachetes cuando no á pedradas. Ellas huían despavoridas, demudada la color y poniendo el grito en el cielo; con lo cual aparecía pronto quien diese fin á la homérica lucha de la desvergonzada rapacería. Cuando tornaban al hogar los descalabrados, oían, entre temblores de piernas, filípicas de las madres y consejos de

los abuelos, que con tal motivo volvían la vista á los días lejanos de la infancia para decir siempre que sus tiempos eran tiempos mejores, y que ellos, de chiquillos, siendo como los que más traviesos y enredadores, tenían mejor fondo: la cantilena constante de la chochez.

Con el ruido, el movimiento y la animación, poníase Antonia como ebria: encendíase el color de sus mejillas; alborotábanse sus cabellos y no se daba punto de reposo hasta que jadeante, vencida por el cansancio, cesaba de correr... para hablar por los codos y cantar y alborotar locamente, como si palpitara en su interior el genio de la confusión incesante y del movimiento continuo. Y en tales casos, era cuando su semblante lleno de sonrisas delatoras de la blancura de sus dientes y del encanto de sus gestos, brillaba en el plenilunio de la gracia, no sin que los chicos mayores se diesen al codo alguna vez y sin que ella sorprendiéndoles les sacara la lengua ó les hiciera gestos y visajes, que siempre resultaban donosísimos. Antonia era la primera en aquella reunión; la belleza y la gracia se imponen.

Ignacio Ruy, el hijo del principal patrón

de barco en Santa Cristina, compartía con Antonia la jefatura de aquel batallón de revoltosos de ambos sexos: no hay impropiedad en decir batallón; frecuentemente jugaban á los soldados, resultado de lo que oían á los que tornaban del servicio con la licencia en el canuto.

Porque Antonia é Ignacio solían aparecer juntos y en primera fila, dieron en llamarles la pareja. Siempre que se lo decían, prorrumpía Antonia en carcajadas frescas, entusiastas, ruidosas que parecían arpegios. Entonces los desvergonzados chicuelos se guiñaban de ojo y comenzaban, entre sonrisita y sonrisita, á repartirse codazos de secreta inteligencia. Las compañeras de Antonia se reían también, pero de otra suerte; era una risa con reservas mentales. En sus almas inocentes y sencillas germinaba un sentimiento feo, no de otra suerte que en las praderas lozanas brotan abrojos: sentían como propio pesar el bien ajeno, y la pureza de sus espíritus parecía empañarse cuando dirigían á Antonia miradas oblicuas, recelosas de mirar de frente, porque el hablar de los ojos podía delatar sus sentimientos. Los cuales aún no se dibujaban en el alma

con exactitud y precisión, aunque ya suscitasen contradicciones y enojos. Ni ellas, por lo demás, se retraían de los juegos, ni Antonia dejaba de ser la primera; pero así y todo, entre Antonia y muchas de sus compañeras, había espontánea frialdad; no propendían á las expansiones íntimas y confidenciales.

María se llamaba la compañera á quien daba Antonia muestras de cariño... Una pobre niña delicada de salud, no bonita de rostro ni siquiera bien contorneada de cuerpo. Muchos la llamaban desgraciada; todos la compadecían juzgándola tal, y en realidad María era muy digna de envidia, en cuanto significa esta palabra ansia por lograr el propio bien, no en cuanto supone pesar por el bien ajeno. María era buena y feliz. Ya lo revelaba en la dulzura de su mirar, en lo apacible de su reir, en toda la grata suavidad de sus facciones, siempre iluminadas por rasgos de simpatía, que destellaban entre las sombras de sus dolores.

Gran contraste ofrecían en su manera ser María y Antonia: el propio diablo és según lo revoltoso de su actividad; angél

y beatífica aquélla, siempre escondida en último término, como si fuera la pasividad misma. Antonia representaba la belleza; María la bondad: una y otra eran personificación de la simpatía.

La singular belleza de Antonia, tan mortificante para sus iguales, aunque naciente, y como en la aurora todavía, no era la de tierna aldeana de suave contorno, modesto ademán y sencillo aire, que refleja en el exterior dulce y apacible la inocencia del alma y la ternura del afecto: al contrario, en sus maneras desenvueltas y atrevidas notábase el sello de la casta, y sus ojos descarados é insistentes, atrevidos y desconcertadores, daban cabal idea de su revoltosa condición. Según se aproximaba el periodo de la pubertad, el de mayor lozanía y encanto en la mujer, se dejaba adivinar en Antonia la hembra seductora de lo porvenir, alegre como unas castañuelas, risueña como alborada del Abril que los poetas pintan. A buen seguro que si éstos hubieran de cantarla, la celebrarían como digna de tierra paradisiaca ó Arcadia feliz, donde, convertida de costurera en pastora, por ser más poético oficio, y de Antonia en Filis, por ser más poético nom-

bre, disfrutaría de los galanteos dulci-almibarados de algún pseudo-virgiliano pastorcillo.......................................

....

....

Según Antonia iba convirtiéndose de niña en mujer, despiertos ya sus sentidos, desarrolladas sus formas, Ignacio transformábase poco á poco en hombre, aunque, adormecidos todavía sus instintos, no le fuera dado comprenderlo: no se le ocultaba asimismo á la revoltosa Antonia que, próxima á la pubertad, sentía los vagos anhelos de la mujer adolescente y los deseos y las esperanzas que la debilidad femenina sugiere; todo ello entrevisto de una manera incierta y dudosa, como al través de nebulosidades. La presencia de Ignacio despertaba siempre en el alma de Antonia deseos y esperanzas que, agitando el espíritu con misteriosa turbación, transcendían á su cuerpo á guisa de cosquilleo dulcísimo.

Bien pronto llegó á ser Antonia maliciosa de pensamiento—aunque inocente todavía de palabra y de obra,—pues lo que no la enseñaron constantes fenómenos de la realidad, lo aprendió por sus intuiciones de mu-

jer, mediante las revelaciones que, con sola su presencia, hacía la lucida y seductora mocedad de aquellos lugares, entre la cual destacaba Ignacio sus no muy comunes perfecciones.





II.

—Con que ya lo sabes, Ignacio, mañana *misaré* á las cinco... tienen las gentes que trabajar, y desean primero encomendar tu padre á Dios.

—Bueno, ya vendré á las cinco. Que usted descanse, señor cura.

—Adiós, Ignacio; hasta mañana, si Dios quiere.

Mientras se alejaba el mozo, abrió el cura viejo Breviario, y comenzó á leer los caracteres rojos y negros que se destacaban sobre el papel amarillo y sucio. En aquella habitación del cura de Santa Cristina de Montemar,—pieza espaciosa ocupada por seis sillas de paja, dos sillones de cuero y una mesa de nogal,—no se oía otro ruido que el tardío y acompasado de un reloj de pared, y aun de rato en rato el eco de distintas voces en ha-

bitación no lejana. Era la gente de la casa y alguna de fuera, que al comenzar la noche, ya concluídos los trabajos, solía juntarse en la cocina. En la vida rural, la importancia de tal pieza es grandísima; como que suele ser, y así era en casa del cura, ancha y desahogada habitación, bien provista de bancos, con amplio lar de grande campana, leña abundante, llama viva y lumbre vivificadora.

Allí se juntaban todas las noches el sacristán de la parroquia, el fabriquero de la misma, el cohetero López, y Pérez el cabo de mar, con otros varios no tan puntuales como los dichos; ya marineros que á veces pasaban embarcados el día y precisaban arreglar las cosas de la casa á la luz de una candileja; ya agricultores fatigados por las duras labores de la siembra, la cava, la recolecta y otras más, que por resultas andaban necesitados de reposo. Santa Cristina, como tantas otras villitas de la costa, tenía carácter anfibio; era, á un tiempo, marinera y agrícola.

Por de contado, que en la cocina de la casa del cura, y á la hora de tales reuniones, se hallaban su criada, fámula de eclesiás-

tico, que lejos de inspirar feos pensamientos ó malas tentaciones, era muy capaz, con solo su presencia, de desechar tentaciones feas y pensamientos malos, y el criado, mozo que así se amañaba para ensillar un rocín, como para manejar cualquier herramienta en las operaciones campesinas. En tanto que no bajaba el cura de su cuarto para guiar, según constante práctica, devoto rosario, platicaban muy á su sabor los tertulios de la cocina, de la abundancia ó escasez de pescados en el mar y de cereales en tierra unas veces, de intrigas de vecindad no pocas, por excepción de lo que decían los papeles: tema éste que suscitaba el maestro de escuela, poco asiduo concurrente á la tertulia, pero muy asiduo lector del *Boletín oficial* de la provincia.

La noche aquella tomó la conversación giro interesante: se habló de Tiburcia la gitana, pesadilla constante de aquellas gentes, así honradas como supersticiosas.

El sacristán hablaba misteriosamente, á media voz, como quien siente lo que dice y dice lo que no quisiera sentir:

—Por fuerza esa mujer tiene algo extraño en el cuerpo... Diablos, demonios, cuernos,

yo no sé qué... ni tampoco quiero averiguarlo. Reune las apariencias de una bruja, y es como una bruja de fea; ¡lo que es si no tiene algo de bruja la tal mujer!... iba á decir que me llevase Judas; pero no lo digo, por si acaso..

—Como acertar con las cartas en la mano, todos dicen que acierta,—exclamó solemnemente el fabriquero, y tornó á decir el sacristán:

—Pues hablaste á mi favor: si no hubiera intriga y misterio en el asunto, Tiburcia sería una mentirosa más, ó lo que es igual, una de tantas mujeres.

La senil guisandera, representación allí del sexo, puso un hocico de á palmo, cesó de soplar la lumbre y de hacer guiños con los ojos, y en tanto que la leña verde chisporroteaba lanzando de cuando en vez una llama azulada y viva, volvióse no sin solemnidad al sacristán para decirle con retintín de cólera:

—Solterón... hombrezuelo. ¡Si pensará que por ser sacristán y quitar el polvo á los santos ya puede hablar mal de quien quiera!

¡Porreta!... Murmura, murmura de las

mujeres, que hombres son los diablos... y ellos te ajustarán las cuentas. Así Dios me salve como no ví hombres de más mentiras... Siempre diciendo mal de nosotras... Porreta ¿y no les rezas á las santas?... ¿Y no son tan mujeres como yo?... Y entonces ¿á qué me vienes con esas?

A este tenor prosiguió la rociada que escuchó el sacristán con calma envidiable sin decir oste ni moste, rascándose la cabeza, que parecía de Holofernes, según lo alborotada, y manchando la parda chaqueta con una lluvia de caspa gris, en tanto que todo el auditorio se sonreía con mal reprimido contento.

Cada vez que la mujer airada lanzaba al rostro del sacristán, á guisa de gravísimo denuesto, el dictado de célibe, las sonrisas embozadas trocábanse en risotadas francas. Era el caso, que años atrás el sacristán, de condición goloso, había mirado con ojos tiernos á la criada, que concibió esperanzas de llegar á contraer nupcias: pero—¡chasco soberano!—el sacristán buscaba solamente, en intimidad, el logro de algunas caricias inarias; tal cual guiso, mejor ó peor conıentado, que de todas suertes pareciera

sazonadísimo á su nada experto paladar. ¿Cómo no habían de reir, pues, cuantos presenciaban aquellos torpes atufamientos de la feísima criada del cura? No poco tardó ésta en calmarse: y ya sentada, ó arrepantigada mejor dicho, en una tosca silla que daba crujidos de terror al sostener tan pesada mole, murmuraba todavía entre dientes del sacristán aquel y de todos los sacristanes del mundo, de sí misma, de los tertulios de la cocina, de la propia cocina, del señor cura y de entera la corte celestial. Todo porque el glotón del sacristán, su falaz engañador, había llamado mentirosas á las mujeres...

Después hubo un rato de silencio: el sacristán continuaba rascándose la revuelta cabeza; ondas de caspa gris caían sin cesar sobre la chaqueta parda. La cocinera soplaba la lumbre.

Pérez el cabo de mar—un hombre alto, encorvado, con blanca barba que ceñía su rostro á manera de marco, rudo y tardío en el hablar, no de muy buenas pulgas, pero prototipo por sus excelentes costumbres de la honradez marinera,—fué quien rompió aquel tan prolongado silencio, diciendo con su peculiar lentitud y sin asomos del acento

del país como cuadra á quien vivió muchos paises.

—¿Y no sabéis qué mujer dicen las lenguas que será para Ignacio?

—¿Cuál? interrogaron varias voces.

—Pues Antonia Fuertes.

—¡Cá! exclamaron todos.—Y después, entre muestras de asombro y signos de duda, menudearon los comentarios.

—¡Lo que es como guapa—habla López el cohetero,—pocas habrá que la ganen... ¡Vaya si vale la chica! Y por cierto que así la merecía Ignacio, pero con otras circunstancias de familia y con algunos más posibles.

—No sólo de belleza vive el hombre—apuntó el sacristán, plagiando un texto de la Iglesia y en tono grave.

—¡Pero no penséis que es hablar por hablar,—volvió á decir Pérez,—sobra quien lo cuente por ahí: yo no hago más que repetirlo. Que Ignacio y Antonia se criaron juntos, bien lo sabéis, y que parecían inclinarse el uno al otro, no lo ignoráis... Como que sus compañeros de juego les llamaban la ...reja. Yo no sé por qué, pero en estas co... suelen acertar los niños. Luego, ya veis, ...a es tan cabal, que á todos gusta, y él tan

completo, que no hay miedo que ninguna le rechace.

—¡Bah, bah!—interrumpió la cocinera,—ya se casará con otra aunque no sea tan bonita... los hombres van al interés, y nada más que al interés... así, algunas sin merecerlo se quedan solteras.—Al decir esto la fámula, se dibujaron maliciosas sonrisas en los labios de los presentes; sólo permaneció serio el sacristán. Ella como si tal cosa prosiguió:

—¡Psh! ahí está la hija de D. Serapio: bonita no es, ni de buen genio tampoco, pero ya apechugaría con ella Ignacio... Un padre que usa Don, una casa grande, como no hay otra en Santa Cristina, unas tierras que dan muchos ferrados... la gran proporción... Y á fe que éstas aquí escasean, según en otros sitios no faltan.

—Con la hija de D. Serapio, no sería Ignacio quien se casase,—contestó López.

—Porque no puede,—replicó ella.

—Ni querría—concluyó él.—Esa chica es fría, indiferente, sosa...

—Pues Antonia—intervino el sacristan,—tampoco le conviene... ha de ser un di blillo. Pero malo es que digan lo que aq

se ha contado, porque cuando la gente se empeña en una cosa, la consigue.—Y dicho esto, quedóse el sacristán pensativo como midiendo el alcance filosófico de su aserto.

Mientras así discutían á Ignacio, suponiéndole, quién arrastrado por los atractivos de una mujer hechicera, quién por el interés de próspera situación, él conservábase tranquilo y sereno. Pero bien era de temer, dadas sus condiciones, que le rindiesen, si no los apasionamientos de los sentidos, las frías sugestiones del cálculo, dado que á tan fuertes enemigos, sólo podría oponer la debilidad de la naturaleza humana, torpe resistidora.

Concluídos sus rezos, puso el cura fin á los diálogos de que se dió muestra, y con voz de sochantre guió el rosario, coreado por fervoroso murmullo. Cuando hubo concluído, les encargó que asistiesen al día siguiente á la misa de aniversario por el padre de Ignacio.

—Y ahora—dijo por fin,—á descansar, que vuestros cuerpos lo solicitan, vuestros trabajos lo exigen y para descansar hizo Dios la noche... Con que pasarla muy buena, y hasta mañana.

—Felices noches, señor cura; hasta mañana, si Dios quiere,—repitió en diferentes voces el coro general.

El criado atrancó la puerta, la criada apagó la lumbre, y el cura y sus servidores se retiraron á dormir.

Era D. José Lobo—cura párroco de Santa Cristina de Montemar,—alto y fornido; su rostro, moreno y avellanado; expresivo el aire, suelto el andar, y todo él, aunque grave, simpático, y aunque severo en la apariencia, en la realidad afabilísimo. Protector decidido de Ignacio como feligrés suyo, y de cuantos presentasen el mismo título y por añadidura patente de honradez, era la personificación más cabal de esta virtud. Pocos le iban en zaga y no le excedía ninguno en cuanto al buen cumplimiento de sus deberes, y á trueque de esto, y como recompensa por esto, tenía á vanagloria el cariño con que correspondían los feligreses á sus múltiples desvelos y constantes bondades.

Amigo verdadero del padre de Ignacio Ruy, tomó D. José gran pesar con su muerte, y obligado por el buen recuerdo del pa-

dre, procuró llenar el vacío que produjo en su alma amistad tan sincera, con el cariño al pobre huérfano. Así como así, era Ignacio muy digno hijo de aquel excelente padre. A la muerte de éste, conservóse Ignacio sereno, aunque sentido, sin dar en los lugares comunes de impertinente y desbordada sensiblería; lo cual hizo que subiese de punto el aprecio en que le tenía D. José, que se explicaba su difícil serenidad ante el adverso caso como nacida de recto criterio, hijo de no aprendida filosofía, que le llevaba á considerar cuanto hay en el mundo y el mundo mismo, como transitorio y no objeto de preocupación, por lo tanto. Si en vez de rancio escolástico, fuera filósofo á la moda el cura, hablaría de los males como creación, en gran manera subjetiva, hija, de viciosas sugestiones del yo volviendo sobre sí propio y no acertando á comprender en la conciencia, ni por medio de la razón, su expresión supina, los reflejos de la realidad.

Aquella presencia de ánimo, tranquilidad en el discernimiento y mesura en el obrar, que en las situaciones difíciles tan provechosas eran á Ignacio, explicábalas el médico del partido á que pertenecía Santa Cristina,

por la debida proporción en que se hallaban sus facultades, teniendo á su servicio en equilibrio perfecto las funciones todas de la vida. Por donde daba al buen carácter y á la buena salud de Ignacio, un solo y único origen; su perfecta organización. Implicaba esto el que nada hubiese de extraordinario en Ignacio; ni podría ser de otro modo, como no hubiera de suponerse, cosa tal vez imposible, que se dieran elevadas á gran potencia en punto á perfección, y en el mismo grado, así las funciones del cuerpo como las facultades del alma. Lo cierto es que Ignacio, llegó á la adolescencia sin experimentar interiores sacudidas, bruscos cambios de la manera de ser que hubiesen de refluir en el modo de obrar, dando á su vida animación y movimiento. Pertenecía, pues, su existencia al número de aquellas que reposadas y felices, se deslizan sin pensar ni sentir, suaves y calladas, en paz con el mundo, en gracia de Dios y en perfecta quietud. Adornado de tan singulares prendas Ignacio, estaba muy en su lugar la predilección con que le distinguía el Cura.



III.

CUANDO llegó á contar diez y seis años Antonia, ganaba en mérito á todas las vecinas suyas, aun siendo aquella tierra, por dichosa suerte, fecunda en hermosuras femeniles. Antes que modelo de belleza—pues en esto pudieran aventajarla,—era Antonia portento de gracia. Apenas se da lugar donde la belleza y la gracia dejen de andar á la greña, contando con decididos partidarios una y otra. Quien lo es de ambas, no está llamado, en manera alguna, á dirimir tales contiendas.

Era poco abultado, aunque modelado á la perfección el cuerpo de Antonia, y suspendía su rostro por lo gracioso y hechicero. La nariz como de corcel árabe, pequeña, ancha ligeramente vuelta hacia arriba, chiquita boca, grandes los ojos, negro y sedoso el pello, diminuta la barba y lleno el conjun-

to, de una gracia ondulante, de una expresión nerviosa, tentadores gestos, coquetuelas sonrisas y picarescas actitudes, que sorbían el seso aun á los avezados á resistir la belleza serena, grave, olímpica de hermosas mujeres, así recordasen por su continente y presencia, á la misma Venus de Milo. Tengo por indudable, que más hijas de Eva, ó lo que es igual, más tentadoras, son las mujeres del calibre de Antonia Fuertes, ante las cuales, suelen pecar de débiles los hombres. Y es asaz frecuente, el caso de reconocer incomparable belleza plástica en mujeres que admiramos como casos vivientes de perfección estatuaria, pero que no anteponemos á otras, menos perfectas á ser medidas á compás, en quienes triunfa la gracia, el movimiento, la expresión, algo que es muy sutil para expresado por palabras, fácil de comprensión por ser fecundo en obras. Así algunas mujeres, ya muertas, ceñidas las frías carnes por la mortaja y encerradas entre las cuatro tablas del féretro, conservan aún la belleza del rostro, que pálido, amarillo, sin pestañeo en los ojos ni sonrisas en los labios, conserva la perfección del trazado, la belleza del diseño, el atractivo, en fin, de la estatua yacente. Pero

desde el punto en que la vida huyese de Antonia, sus encantos se eclipsarían; y es que en ella lo seductor, aun alcanzando tantos grados, nacía de varios accidentes sin gran valor de por sí; del movimiento de los labios que poseían el secreto de lo picaresco; del guiñar de los ojos que descubrían hechiceros efectos de pirotécnica, merced á su actividad nerviosa; movimientos de flexibilidad muequera que completaban con sus no menores atractivos, una oreja pequeña, insignificante, rodeada de mechones de pelo rebelde, que caía desigual sobre la frente estrecha, y levantaba remolinos en la limpia y reluciente nuca.

A través de las formas descuidadas y de la sencillez de atavío de Antonia, ya por entonces costurera, descubríase su conciencia fisiológica, el temperamento nervioso-sanguíneo, origen de las solicitaciones nada espirituales que, quizás á pesar de ella misma, roían su interior. Así, todos sus instintos de mujer despertábanse, y con gran violencia, delante de Ignacio. Y era muy de ver tales casos, cuando el coquetismo, por piración espontánea de la pasión, aumen- a su tentadora gracia, dando al rostro

flexibilidad y movimiento, marcando dos hoyuelos en las mejillas enrojecidas por la sangre ardorosa, dilatando las pupilas de sus ojos que, negros y chispeantes, no parecían sino carbunclos encendidos, por la prontitud con que despedían chispas é incendiaban corazones.

La imaginación de Antonia estaba empapada en bajas complacencias: no se alzaba nunca á la región de los platonismos; vivía siempre á flor de tierra. Al lado muchas veces de la mar; absorta, ensimismada en su contemplación, permanecía con el pensamiento puesto en Ignacio; y al ver destacarse en lejana perspectiva la blanca lona de alguna latina vela, pensaba en que allí quizás iría él, colocado en la popa, asido en la diestra mano el timón, fija la vista en el punto á que caminaba la nave. Y sus pensamientos, que á veces tenían la pura transparencia de los cielos y la reflejada transparencia de las aguas, eran negros otras veces como las nubes que se apiñaban amenazadoras y como las aguas mismas que, sucias, de un tono acharolado y negruzco, murmuraban con secreta y sorda inquina planes de duelo y de venganza.

De distintas maneras, pero á todas horas, se ofrecían á la vista de Antonia escenas en que tocaba á Ignacio papel de protagonista. Y bien quisiera presentarlo aquí en alguna de aquellas maneras de representación; pongo por ejemplo, cuando á tiempo de salir el día, todo aprestado para navegar y de pie en una peña, Ignacio destacase sobre aquella peana la gallardía de sus formas bajo la sencillez de su traje. Colocada al desgaire la boina azul, del mismo color pantalón y blusa, desabrochada ésta y dejando ver blanca almilla, que descubría á su vez el bello arranque de un robusto cuello, tostado del sol, lo mismo que sus manos y su rostro. Y por fondo del cuadro, en término próximo, grises peñascos con revestimiento de algas, y después agua, mucha agua, cielo, mucho cielo, y allá en remota perspectiva, la confusión de los cielos y las aguas.

La afición de Antonia á Ignacio envolvía su mala voluntad á otras mozas vecinas suyas, y aun á sus madres, dado que en aquel caso coincidían las inspiraciones del amor las sugestiones del interés. La única de ıs muchachas de Santa Cristina con que vaba Antonia íntima relación, era María,

su compañera desde la infancia; no sólo por cariñosa reciprocidad, sino porque creía que no arraigaba la envidia en su pecho, ni en su corazón el amor á Ignacio, ni en su imaginación el ilusorio deseo de conseguirlo.

En tanto, el deseado Ignacio conservábase sereno, y es que no tenía ni pizca de enamoradizo: lo cual quiere decir, que vivía encariñado con su independencia, pero no que dejase de mirar á todas en general siendo guapas, y de dar así á la naturaleza lo que sus fueros exigen. En este punto, como en tantos otros, Ignacio era el hombre de los aciertos; porque no hiciera sino rematada locura, dada su posición próspera, en dejar prender el corazón á las primeras de cambio y por la que primero llegase; sin comprender que hay en el mundo abundancia de mujeres, y que es fuerza buscar bien para no escoger mal, dado que la dicha ni en forma de media naranja, ni en otra ninguna, suele venirse á las manos.





IV.

IGNACIO, que había crecido con Antonia y compartido con ella los contentos de la infancia, no fácilmente olvidables, profesábala sincero cariño, pero distaba mucho de corresponderla en su intenso amor. El mérito de Antonia carecía para Ignacio de novedad: la impresión que subyuga y rinde en un momento, cuando se recibe de manera gradual, pierde intensidad y fuerza. El enamoramiento que nace de la impresión de alguna belleza física es rápido; según el que procede de la bondad moral, cuyo conocimiento se aquilata por la relación, es tardo, bien que como tardo seguro. No cabía este enamoramiento en el caso aquel: predominaban en Antonia nervios y sangre. Era la mujer que despierta sensaciones, antes que inspira sentimientos.

La gitana Tiburcia, única veladora de aquella Antonia, encendida siempre por amorosa fiebre, hubo de caer en el lecho con una dolencia gravísima. El abuso de los mariscos, que tenían allí poco coste; el escasísimo régimen de Tiburcia, motivaron el mal. Era una erupción que cubría todo su cuerpo, y que en todo él causaba picaduras como de insecto, que dejaban el escozor de las frotaciones de ortigas. La piel amarilla negruzca, de Tiburcia, trocóse roja. Su apetito era nulo, las náuseas muchas, grandísima la sed. La fiebre no cedía un punto, fiebre intensa, persistente, mortal. D. Serapio—el curandero de Santa Cristina,—no dió pie con bola; á bien que para esto no es preciso ser curandero de Santa Cristina. Olvidó, caso de saberlos, los peligros de una repercusión, y puso en práctica, sin asomos de cuidado, externas aplicaciones. El efecto fué inmediato y fatal: Tiburcia dejó de existir. Brotó la erupción; negro el cuerpo de los pies á la cabeza, tuvo bien pronto síntomas de descomposición.

Quedaba Antonia completamente sola, abandonada á su debilidad, y sin más sustento que su trabajo... ¡Pobre y sola! Durante la

enfermedad, no larga ni muy dolorosa de su tía, sintió Antonia que las tristezas y los quejidos de aquélla, hallaban eco en su corazón, donde germinaba, regado por lágrimas de infortunio, el mayor de los desengaños.

La muerte de su tía fué para Antonia terrible sorpresa; antes que el dolor, dominó su alma el miedo. Por primera vez veía un cadaver; aquellas carnes corruptas la solicitaban con misteriosa fuerza; su curiosidad devoradora no cesaba de mirar.. Todo el aparato fúnebre que acompaña á la muerte; el hábito de lana burda que cubría las formas, y sólo dejaba al aire las manos de un negror amoratado, y el rostro que delataba por su transparencia y blandura los estragos de la putrefacción; las luces amarillentas, iluminando con resplandor tétrico los ojos vidriosos; el silencio solemne interrumpido por gimotear de vecinas curiosas, que hasta entonces siempre murmuraron de la difunta; el olor subido á cera y á vinagre con barruntos de olores más malos, todo esto, llenando el corazón de miedos extraños, hacía surgir en la imaginación de Antonia horrores, que adquirían proporciones gigantescas en la penumbra del misterio.

El entierro fué al día siguiente: antes de dar sepultura al cadáver, se celebró la función fúnebre. Primero el canto de la Vigilia; sentados algunos clérigos de no concertadas voces en sendos bancos al lado de pobrísimo túmulo, mascullaban alternativamente los solemnes latines. Aquel canto no parecía de este mundo; á bien que, por opuesta razón, tampoco parecía de este mundo aquella manera de cantar. Tres clérigos con negras vestiduras funcionaron en el altar mayor. Eran otros tres, de negras sotanas y blancas sobrepellices, los que cantaban en el coro. Antonia no dejaba un momento de recordar á su tía Tiburcia; y la veía primero, corriendo de una parte á otra con singular presteza, alegre y animada, y representábasela luego sin movimiento en el cuerpo, sin animación en lás facciones, rígidamente extendida entre las cuatro tablas de aquella caja, negra como los pensamientos que bullían en su imaginación. Al oir recitar los versículos del *Dies iræ*, sin comprender Antonia la majestad del himno ni la hermosura del mal interpretado canto, en que parece encarnan vaticinios pavorosos, sintió una sensación de frío; tenía un nudo

en la garganta; no podía llorar. ¡Ah! Pero al apartar Antonia su vista de aquel negro túmulo, encontróse con Ignacio. Vibró entonces la cuerda sensible de su corazón, y entre sollozos y suspiros, comenzó á verter copioso llanto.





V.

DON Serapio Covarrubia era cirujano ingerto en curandero y con ínfulas de médico titular. Porque en su muy escasa modestia, juzgábase superior á ciertos médicos, que no lo eran, á su ver, sino por obra y gracia de universitarias benignidades. El porqué de su superioridad cifrábalo en lo práctico de sus talentos, que tenían por refuerzo los datos de una experiencia cotidiana... Y luego, ¡lo certero del ojo!... ¡Ah, lo certero del ojo! ¡Eso sobre todo! D. Serapio carecía del izquierdo.

Discutía el tal cirujano con el médico del partido á que pertenecía Santa Cristina; todo un flamante teorizador, que colocaba la psicología en el número de las ciencias erimentales, y achacándolo todo á cau- físicas, hacía radicar el discurso en la sa gris del cerebro.

—¡Valiente ciencia gris!—decía á todas estas D. Serapio; el cual no quería creer sino en lo que viese y palpase, y porque no veía la tal masa gris en funciones de discurso, ponía en tela de juicio semejante proposición. En lo que creía D. Serapio, eso sí, á puño cerrado, era en la eficacia de sus empirismos.

Era D. Serapio una masa de carne, arrebujada, por lo general, en un chaquetón de pana burda; y solía ocultar, debajo de las amplias alas de muy calado sombrero, un rostro pequeño, feo y sumamente socarrón, en consonancia con el carácter festivo á la manera humorista. Estrecha la frente, y no surcada por arrugas de esas que, aglomerándose en el entrecejo, marcan las fisonomías con sello de gravedad, roma la naríz, muy rasgada la boca. Por añadidura, estaban siempre en movimiento sus gruesos y carnosos labios, no sé si por el afán de la charla incesante, ó por el gusto de lucir unos dientes grandes, desiguales y sucios; efectos de la mucha nicotina y de la poca limpieza, que daba también tonos de amarillez y de negrura á las muelas fronterizas.

En la sonrisa picaresca que asomaba de continuo á los labios de D. Serapio, y aun en la disposición y traza de sus ojillos de perdiz, notábase su viciosa condición. Su naturaleza humana, por tal débil y quebradiza, mostróse bien pronto allí, donde otras naturalezas... del sexo contrario, sirviéronle de poderoso incentivo; al que se aunaron con sus regalos la naturaleza física, la muelle languidez de un clima igual y dulce, la clase de alimentación y otras múltiples causas, favorecedoras de sus grandes debilidades. Para mayor mal, permaneció en soltería luengos años; y sólo se casó cuando halló una mujer que juzgó conveniencia, pecuniariamente pensando.

Fué la mujer de D. Serapio pobrísimo ejemplar de la especie, con un cuerpo que parecía un saco, y que no era, en realidad, sino un saco de linfa. No sé si D. Serapio pensó un solo momento que pondría en orden sus costumbres al casarse con aquella mujer. Si lo pensó así, se engañó de medio á medio.

Llevaba nueve meses de casado D. Serapio, cuando su mujer dió á luz una niña, actualmente moza, y que así se parece á su

madre como un huevo á otro huevo; cuando no es cochinchino alguno de los dos, ó cuando lo son ambos. Alma de cántaro, encerrada en cuerpo de lo mismo, veíase en ella el fruto lógico de dos naturalezas, linfática la una y gastada y no rica la otra. ¡Pobre Petra! ¡Sólo tiene mal humor, y malos humores!

En cambio, es hija de gentes relativamente ricas, no anda con las manos en la tierra, y se *enseñoritinga* cuando va á la ciudad ó asiste á una fiesta cualquiera. Pero todo esto, y el que use pañolón fino y traje de lanilla y botina acharolada, y aun el que se trence el pelo con primor y use sortijilla en el meñique y sobre el seno medallón dorado, no quita para que aparezca fea, muy fea, con su constante mohín de mujer aburrida y displicente.

Después de todo, más valdría que dotase el cielo de belleza á las que no tienen en la tierra otra dote, si no corrieran el peligro—que es realidad harto común,—de metalizar aquel capital incomparable, prestándolo á interés.

La casa de D. Serapio era grande, pero muy destartalada y vieja. Apuntalada por el

lado Norte, aquellas grietas que cruzaban de alto á bajo sus muros, vaticinaban ruina. El interior era digno del exterior. Pululaban por todos los rincones arañas, denotando en la labor de sus telas muchos años de trabajo, en pacífica posesión de tan abandonados lugares. Ignoro si las paredes aquellas serían blancas en tiempo del rey que rabió; á la sazón eran de un gris polvoriento muy sucio: telón de fondo asaz propio, para el cuadro aquel en que se destacaban las figuras de D. Serapio y de su hija. Ocupaban éstos generalmente un salón que daba al Mediodía, y que, como las otras habitaciones de la casa, tenía grietas en las paredes, telarañas en los rincones y tablas podridas en el piso.

Allí se pasaba Petra la vida: allí comían y cenaban.

Era su puchero de muy pocos garbanzos, algunas más verduras, escrúpulos de jamón y tal cual otro residuo de cerdo, que prestase al caldo sombras y dejos de sustancia. Y en lo pobre de las comidas, como en lo tosco del ajuar, notábase por el menos lince afán de ahorro y economía. ¡Harto gasto tenía ya D. Serapio con sus trapisondas y francachelas!

Y en tanto que se solazaba por tal manera el padre, y la madre consagraba su actividad á quehaceres domésticos, Petra estábase en el salón de marras abriendo su boca grande como una espuerta, al bostezar, y haciendo, al desperezarse de continuo, mil contorsiones con su cuerpo.





VI.

María, la compañera querida de Antonia en los días de su niñez, lo fué igualmente en el periodo de la juventud; pero ya sus confidencias no eran tan íntimas. Ni una sola vez hablaba Antonia de sus deseos é inquietudes, ni mucho menos mentaba al inspirador de tales inquietudes y deseos. María, por su parte, callaba también, aunque harto se le alcanzaba cuáles eran las aspiraciones en que cifraba Antonia su contento. Podía dar testimonio de cómo nació en Antonia aquella afección, aunque no llegase asímismo á comprender que más tenía de solicitación material, que de puro y recóndito afecto del alma. Había notado un día y otro en su tránsito de la niñez á la mocedad, las alegrías y las tristezas de Antonia: aquéllas en presencia de Ignacio, éstas en ausencia del

mismo. Y había parado mientes también, en que no animaban á Ignacio iguales sentimientos, pues ni mostraba enojos por la ausencia, ni transportes de júbilo por la presencia de Antonia. Y aun se pudiera notar en María algo de compasión para ésta, como si tuviere por seguro que saldrían fallidos sus deseos.

María, ya mujer, era fea como antes; su figura apenas había variado; pero asomaba por entre las imperfecciones de su rostro aquel gesto de simpatía, aquel sello de dulzura, aquella manera de bondad, que de niña le valieron y que le valían de mujer, cariño y simpatía de sus convecinos todos. Los ojos pequeñuelos y tiernos, pocas en número las pestañas, no muy pobladas las cejas, la boca más bien grande que chica, señalada por hoyuelos la piel, eso sí, de muy suave coloración; el cuerpo mal entallado, más propio que de mujer de su tiempo de imagen labrada en las arcadas de algún pórtico bizantino; los hombros subidos, grandes los pies, hundido el pecho, poco estrecha la cintura. Tal era María. Pero en su mirar y en su reir, en las lágrimas que rodaban por sus mejillas y en las quejas que exhalaban sus

labios, pálidos como su rostro de enferma, notaba el menos perspicaz las bondades en que rebosaba su alma.

Corta de genio, aveníase muy bien con el silencio de su retiro, y en él se pasaba los días dedicada su atención al trabajo, para después ponerla en las prácticas religiosas. Y cuando el crepúsculo de la tarde daba fin á las horas de labor, y la campana esparcía por los aires sus metálicos sonidos como reclamo de oraciones, María caminaba á la vecina iglesia, de antigua y piadosa traza, y postrábase ante el sencillo altar, y terminaba el día según lo había comenzado: elevando al cielo las puras preces de su alma.

Como con nadie tuviese María expansiones reveladoras de su pensar y su sentir, era de todo punto ignorado el secreto afecto que á Ignacio profesaba. Para ocultarlo mejor, para intentar desarraigarlo tal vez, hacía no pocos esfuerzos, concentrando la atención en sus quehaceres ó poniéndola en cosas de lo alto. Y ocultábase á sí misma aquella predilección, que á su despecho, cuando la con-
deraba vencida, surgía con nueva mayor
erza, turbando por la emoción su pecho, matizando el semblante con el carmín del

sonrojo ó cubriéndole con la palidez del desengaño. En los albores de su niñez sintió por Ignacio simpatía; de la simpatía nació después el afecto. Los ensueños de la adolescencia hicieron que se trocasen en amor su afecto y su simpatía por Ignacio.

Ni un solo momento dió crédito María al decir de las gentes, cuando anunciaban que Ignacio se casaría con Antonia, aunque no extrañaba que lo dijesen. Veían en Antonia la moza seductora, triunfante de todos por sus encantos, y amargando á muchos con sus desdenes, y no juzgaban que Ignacio pudiese resistir un día y otro tan hechiceras tentaciones. María, que había visto nacer la afección de Antonia y reparado sus espontáneas coqueterías, á la par de lo cual notó siempre en Ignacio frialdad y despego, no creyó ni un momento, los vaticinios que escuchaba á su alrededor.

Ya Ignacio sabría que no le podía convenir la mujer de desigual carácter y temperamento ardoroso, hija del pecado, con todas las males artes y falsas complacencias de una naturaleza pecadora, que llevaba en sí misma, en su garbo, en sus hechizos y en sus coqueterías, todos los incentivos del

pecar. Quizás hacía mejor María en compadecerla, que todas las otras mujeres en envidiarla.

María vivía completamente sola; en bien poco tiempo murieron sus padres, dejándola regular herencia pecuniaria y muy rica herencia de bienes morales. Su alma templada por el calor vivificante de la fe, caldeado su corazón por el fuego de la caridad, y teniendo por objetivo que confesaba su fe y que amaba su caridad, la más alta y la más pura de las esperanzas. En nada estorbaba al elevado empleo de tan superiores dotes aquel terreno amor á Ignacio, puesto que había nacido espontáneamente en el alma al contemplar sus perfecciones, y dado que no envolvía malicias torpes del pensamiento, ni bajas complacencias de la sensualidad.

Por la postración del malestar que de continuo la aquejaba, por la debilidad de su naturaleza física, las impresiones materiales en María tenían poca fuerza. Y por esto y por su poca aparente animosidad, y por vivir sola y triste, sin amores que la hiciesen notar, ni enamorados que proclamasen su valer, dieron todos en llamarla corazón de

hielo, pecho de bronce, mujer, en fin, de cal y canto. Que así llama el mundo desdeñosamente á las que, no dejando de sentir hondo por pensar alto, aciertan á subordinar el sentir del corazón al pensar de la inteligencia. María se contaba en este número.





VII.

Los caminos de Santa Cristina de Montemar eran verdaderos barrizales, que tenían por único adorno algunas ruines casas, muchos baches y sobra de despojos de la mar; de esos que se recogen en todas las playas para que, luego de curtidos al aire libre, sirvan de abono á las tierras. De aquí, que en Santa Cristina todos los rincones oliesen á marisco ó salitre, y que en todos abundasen conchas, arenas y pedruscos de playa; lo cual denotaba, á guisa de preludio, la proximidad de la mar, mejor delatada por el ruído turbulento de la misma, en su sorda agitación incesante.

Era el pueblo de Santa Cristina de muy feas apariencias para quien no lo viese desde lejana perspectiva, anidado entre árboles frondosos y rodeado de grandes peñascos, á

guisa de rincón de nacimiento. Muy digna de alabanza era, pues, la afición que tenía Antonia á la playa, como si sus pulmones robustos exigiesen más puro aire, ó como si necesitase la brisa de la mar, suave, fresca y acariciadora, para calmar los repetidos ardores.

Allí generalmente cesaban por completo sus crisis nerviosas; dijérase que las sensaciones de la naturaleza, al abstraerse potencias y sentidos en su contemplación, se encargaban de poner á raya los impertinentes movimientos nerviosos, que tanto y tantas veces turbaban la tranquilidad de su existencia. Desde que había muerto su tía Tiburcia, Antonia no se hallaba bien: á sus primeros miedos ante la muerte, siguieron los miedos á la soledad, y unos y otros resolviéronse en iguales crisis, que siempre tenían por argumento sus anhelos amorosos. De no poco consuelo servíanle en aquellos dolores las muy repetidas visitas de María, siempre amiga leal y compañera cariñosa.

Ni eran menos en número las visitas de D. Serapio, que abundaba también en frases tiernas, pero tan afectadas y empalagosas, que no surtían efecto ninguno ó lo surtían

contrario. Y con sus palabras de consuelo entreveraba el cirujano donaires y bromas.

—Nada, nada; es inconcuso—solía decir magistralmente;—el mundo en todos sus órdenes está regido por la ley de la oferta y la demanda... Lo malo es que á veces se da la una y no la otra; y lo peor es que cuando se dan ambas, no siempre guardan equilibrio...

D. Serapio era así, esencial é impertinentemente metafórico, y tenía el prurito de aplicar al mundo moral leyes materiales.

Al oir esa y otras análogas salidas de don Serapio, contraíanse los labios de Antonia con una sonrisa picaresca, y sus facciones mostraban un mohín de burla. Antonia lucía entonces sus encantos, y D. Serapio, riéndose bobamente y guiñando con insistencia sus ojillos de perdiz, colmábala de dulcísimos elogios...

Un día, cuando ya se encontraba bien Antonia, al declinar de hermosa tarde, contemplaba satisfecha desde la playa vastos horizontes, no tan vastos como los mundos sus ensueños, ni siempre de perspectivas n gratas y vistosas. Antonia se considera- a feliz. Estaba exuberante de vida y exu-

berante de gozo. Habían vuelto á su cuerpo todas las gracias, á su imaginación todos los sueños y á su espíritu todas las alegrías. Era una satisfacción completa la que embargaba su sér; había en ella el descaro del triunfador de muy grandes peligros, y la ilusoria ventura del alucinado por superiores bellezas. No es preciso añadir que pensaba en Ignacio.

Hollaban sus pies, que ni eran excesivamente grandes ni chicos en demasía—dicho sea de paso,—conchas de suave coloración y nacarado tono, caracoles de forma caprichosa y rara; é iba ella inclinándose á menudo para coger de unas y de otros, é ir echando en los pliegues del recogido delantal.

D. Serapio, que acertó á pasar por aquel sitio en semejante ocasión, la saludó con un piropo... á boca de jarro. Quedóse ella con la boca abierta, sin que por eso midiera muchos palmos, pues así era chica como bonita. Por su parte, D. Serapio quedó también en suspenso, contemplando tan linda pequeñez, y ella, con un gesto de disgusto y un movimiento de desprecio, volvió la vista á sus conchas y caracoles, y comenzó á contar los que llevaba recogidos.

—Chiquilla, desdeñosa... ¿Por qué no me has de mirar con buenos ojos, si tienes unos ojos tan bonitos? D. Serapio guiñó los suyos con manifiesta picardía. Nuevo movimiento de desdén en que se notaban reflejos de cólera por parte de Antonia. Sentía él, en tanto, desvanecimiento en el pecho, turbación en la vista y desconfianzas que le solicitaban á huir, porque á la cuenta, lo caduco de su físico no secundaba con presteza el pensamiento criminal, que ni un solo momento cejaba en sus perversas seducciones... La zozobra y la incertidumbre domináronle algunos instantes: después se ahogaron en su garganta varias palabras; sin duda las declaraciones del deseo; por último, el deseo se manifestó en obras... El hombre ciego, desatentado, se adelantó hacia Antonia, poniendo sobre su cuerpo las manos y aproximando los labios sucios sin lograr posarlos sobre las mejillas tiernas, que sintieron la caricia volcánica de un aliento de fuego...

...¡El aliento precursor de la lava! Antonia lanzó un grito: irguióse como ante un áspid; sus ojos fulminaron rayos; no habló porque la faltaban palabras, según la sobraban sollozos, amén de que sus labios se hu-

bieran negado á vocalizar dominados por la agitación nerviosa, que corría en todas direcciones por su cuerpo, ocasionando escalofríos y temblores, que perdían su fuerza en las extremidades, y que latían con violencia singular en su turgente seno. El cual destacábase, por cierto, con la valentía del provocador desprecio, mientras se ocultaba su rostro entre los pliegues y las sombras de la vergüenza.

Trocáronse otra vez en enojos las apenas iniciadas alegrías de Antonia: apoderóse de su alma un pesimismo desconsolador: padeció su cuerpo tortura por el influjo persistente de las crisis nerviosas. En tanto había quedado completamente corrido el velo, harto transparente ya, que ocultaba en el pensamiento de Antonia residuos de inocencia.

A la primera impresión de frío que sintió Antonia, ante la escena en que hizo papel de protagonista D. Serapio, siguió por reacción natural calor más hondo, pasión más firme, mayor excitación de los sentidos, y menos poderosa reflexión de las potencias. Era que Ignacio había reemplazado con su varonil y muy simpática presencia en el áni-

mo de Antonia, el antipático curandero, falaz engañador de gentes cándidas, con aquella risa no debida á expresión de bondad, sino á pura afición de lucir unos dientes sumamente afilados y nada limpios, que parecían dispuestos á morder.

Si cuando fijaba la atención en Ignacio sentía Antonia la inquietud del desengaño y los desmayos de la desilusión, toda vez que recordaba á D. Serapio, poníase de talante malísimo; y la cólera sacudía su ser, y rechinaban con fuerza sus dientes, á la par que se erizaban sus cabellos. Y es que surgía el fondo de bondad latente, nunca totalmente extinguido, levantando solemne protesta en nombre de la inocencia vencida, contra la malicia triunfadora.

En uno de aquellos momentos de indiferencia perezosa que adormecían y enervaban á la pobre costurera, el mirar de sus ojos siempre poco escudriñador, paró mientes en la pobreza de su casa, en la suciedad húmeda de las paredes, en lo ennegrecido de la techumbre, y volviendo la vista á sí misma, enojóse de su abandono: tuvo entonces su naturaleza un arranque de animosidad, y sacudido el letargo que le embarga-

ba, aparecieron en sus labios sonrisas, y en sus mejillas hoyuelos; irguióse su cuerpo graciosamente, y animaron su rostro las coqueterías y los hechizos de la seducción. Todo esto, al calor de una idea que era remedio seguro para sus males. Antonia había decidido trabajar, y trabajar con ahinco; pero no allí, en la ruín casa y en la pobre vida, abandonada y sola, sino en la ciudad, donde mejor compensados los trabajos, no habían de faltar llegadas las horas del descanso, motivos de solaz y esparcimiento. Dicho y hecho. Y con precipitación lió sus ropas, que no eran muchas, arregló los trastos de la casa que eran menos, se puso un pañuelo encarnado con flores azules á la cabeza, y salió con apresurado andar como si corriese en busca de la alegría, con el propio bullicioso empeño de la mariposa, al correr á quemarse en la llama.





VIII.

A NADIE contó Antonia su marcha; á nadie dió su adiós. Esto la hubiera puesto triste; la tristeza traería como por la mano vacilación, y entonces quizás se quedase. Ya anteriormente, como abrigara iguales propósitos, hubo de decirlos á María, pidiéndola consejo. María se opuso á su marcha, exponiendo tristes augurios. Antonia se dejó disuadir. No quería que volviese á suceder lo que entonces, y anduvo más al pasar por delante de la casa de su amiga en dirección á la playa.

De repente se detuvo. Es una falta—pensó,—es una falta que ella no merece... Debo entrar.—Y después dió media vuelta siguió apresuradamente su camino, en nto que á sí misma se decía:—Pero no ıtro...

Una embarcación, que era la de Ignacio, se disponía á emprender viaje. Antonia tomó asiento entre una porción de mujeres que llenaban la lancha con sus cestos. Era sábado, día de mercado en la ciudad: unas llevaban pescado, otras huevos, frutas y legumbres otras. Las mujeres del pescado, llamadas *pescas* y tenidas por charladoras insoportables y deslenguadas solemnísimas, reñían, no recatándose de decir insultos muy gordos por cosas muy pequeñas. ¡Y válgame Dios á qué punto llegaban, como fuese á mayores la cuestión, puestos en jarras los brazos y sin cesar de mover las lenguas, para escupir con desdén amenazas y vomitar maldiciones! En tanto que éstas reñían, charlaban todas las otras, quejándose entre mil aspavientos de lo malos que estaban los tiempos para vender; no faltaba alguna que fuese á comprar, y que por esto llevase la contraria, diciendo que para comprar estaban peores. Era un hablar confuso, incesante, mareador. Entre el murmullo sordo de tanta habladuría, oíanse á veces gritos; era alguna mujer que, antes de andar la embarcación, ya se estaba quejando de miedo.

Ignacio, colocado en la popa para dirigir

el timón, dió á unos y otros disposiciones.

—¡Izar vela!... ¡Arriar escota!...

El viento no soplaba apenas, y fué menester que los marineros ayudasen con los toscos y pesados remos. Después arreció el viento, y los marineros se entregaron á la más grata tarea de platicar con muchachas que iban á bordo: menudearon entonces los diálogos agudos y las picardihuelas de acción, más ó menos disimuladas, entre toda una letanía en que se iban engastando los lugares comunes de la fraseología de amor, según puede alcanzarse á pobres marineros de oficio. Parecía que, según con lentidud iba refrescando el viento y haciéndose mayor el inocente oleaje, se aguzaba el ingenio de los muchachos, que se burlaban de los injustificados miedos de alguna mujer primeriza en tal género de expediciones. Y subieron de punto las risas, más revoltosas que las aguas, cuando una montañesa, nada nueva á no ser en andar por los mares, después de muchos ayes de dolor y no pocas imprecaciones á los cielos, murmuró, como razonando sus temores en un solo rasgo:

—Dios me libre, Dios me libre de los caallos que por el rabo se gobiernan.

A bordo, y en forma de risotadas francas y bulliciosas, crecía por momentos la marejada. Ignacio abandonó el timón, ó séase las bridas de la nave, embargadas todas sus fuerzas por el ansia de reir, y rió hasta que no podía más por haber agotado las fuerzas. En tanto los marineros desvergonzados de playa, se encargaron de sazonar con comentarios sabrosos la ocurrencia singular de la mujer montañesa.

Y á todas estas el viento soplaba fresco, la barca corría ligera, y ya se destacaban á no muchos pasos de distancia, las construcciones de la ciudad, que surgía vistosa de entre las aguas de la mar, reposadas pero turbias. Como que recogían las sobras y residuos de las suciedades de la población.

Al pasar al lado de las orgullosas proas de grandes embarcaciones, imponentes y pesadas fábricas nada gravosas al Océano, á pesar de su notoria pesadez, quienes por primera vez las veían, santiguábanse con señales de asombro. La montañesa de marras debió creer, por las señales de la cruz que hizo, que andaban en aquello algunos demonios; sobre todo cuando vió levar anclas á un *paquete* inglés, que pitó con fuerza, lan-

zó al aire humo negruzco por su chimenea negro-roja, y comenzó á moverse lenta y majestuosamente primero, después con gran velocidad, columpiándose muellemente al vaivén mismo de las aguas. ¡Y qué gallardo era el andar del buque, y qué bizarra su traza, dibujándose en los aires las elegantes líneas de la complicada arboladura, torturando las aguas con los palmetazos de sus ruedas! Sobre la cubierta bullían las gentes, gozándose en respirar la fresca brisa y en contemplar el espectáculo de un día primaveral en que el sol lucía todos sus rayos, sus hermosuras la naturaleza y sus alegrías la ciudad.

No faltaban en bahía embarcaciones de alto ó de escaso bordo, colocadas en formación incorrecta; barcos veleros sin desanclar, pero con las velas al aire, para que se secasen, mojadas todavía por resultas del pasado temporal; en número no escaso, quechemarines, goletas, bergantines-goletas, y en grandísimo número lanchas y botes, ya cruzando de una parte á otra la bahía, ya quietos, clavados en lo hondo del mar los hierros oxidados de las anclas.

No era muy entrada la mañana; pero al-

borozados ya los vecinos de la vistosa capital de provincia, abrían de par en par ventanas y balcones, para disfrutar las primicias del sol, que jugaba con los cristales de las galerías, causando muy bellos efectos de luz, no tan bellos ciertamente como la sola presencia de muchas hermosas mujeres, que destacaban sus bustos en el marco de ventanas y balcones, adornados estos de fragantes flores, que descubrían envidiables cuidados, de quienes contaban tantas gracias como pocos Abriles.

Se oía el cantar alegre de las fámulas que comenzaban sus trabajos, y el vocear de los vendedores, y los mil ruidos del muelle, donde hombres mal hablados se ocupaban de la labor de la carga y descarga, y sobresaliendo entre todos estos el zumbido mareador, el ruido sordo y constante de la grúa. Marineros de facciones atezadas, curtidas por los aires salitrosos, esperaban, desesperezándose al sol, ocasión de algún buen ajuste para emprender navegación. Mujeres de pañuelo á la cabeza y cesto en el brazo, acudían á la plaza presurosas; otras de negro mantón y enlutado traje, parecían solicitadas por el tocar de la campana que anun-

ciaba misa. En el rostro y en el aire de las gentes, parecían notarse rastros de alegría; reflejos del sonreir de la naturaleza en tan hermosa y apacible mañana.............

....

Los que iban á bordo de la lancha de Ignacio, pronto desembarcaron; Antonia antes que nadie. Deseaba ya la independencia de la nueva vida, grata por nueva y por independiente. La incertidumbre de lo porvenir, llevando la confusión á su espíritu, avivaba sus deseos de instalarse en la ciudad, dando al olvido disgustos y sinsabores, entrando de lleno en los goces de una actividad febril, que ahogase todos los gérmenes de sus desdichas. Pugnaba porque desapareciese de su imaginación la figura de Ignacio; pero no podía conseguirlo. Ignacio durante aquella travesía se mostró con Antonia bromista. Nuevo motivo para que tomasen cuerpo las preocupaciones incesantes de Antonia. Al saltar á tierra hubo de decirla Ignacio:

—Chica, ¿cuándo es tu vuelta?...

—No sé—respondió Antonia con voz poco segura,—pero no hago de cuenta que sea hoy... ni tampoco mañana...

—Adiós, pues, concluyó Ignacio acompañando su decir con ademán franco y expresivo, como de antiguo compañero. Y Antonia, después de devolverle sus sonrisas con aire de indiferencia, caminó, con su bulto debajo del brazo, tarareando muy entre dientes una copla popular.





IX.

Al día siguiente de llegar, era muy temprano todavía, cuando abandonó Antonia la pobre posada, donde pasó muy mala noche, y enderezó apresuradamente sus pasos en busca de trabajo; pero con suerte malísima; como que no hallaba en ninguna parte lo que buscaba por todas. Todo el día se llevó Antonia en andar de un lado para otro, parándose á menudo, con aire de embobamiento, delante de las tiendas. Y no es que fuese aquello nuevo para Antonia, pues solía ir á la ciudad desde Santa Cristina; pero una mujer que vive en el apartamiento del campo, parece que no se cansa de ver cuando va al pueblo, y es que se despierta en su ánimo la curiosidad de la ignorancia; la curiosidad más viva en desear y más tarda en comprender.

Cuando aquella noche se acostó Antonia, estaba verdaderamente fatigada; sentía en las piernas cosquilleo de cansancio, y pesadez de mareo en la cabeza. Durmió toda la noche, y se levantó al otro día, no temprano y con malísimo humor. Había soñado cosas desagradables... ¡Que Ignacio se casaba con otra, y que esa otra era guapa y rica... y dichosa!... ¡Qué angustias pasó Antonia cuando asistió en sueños á la ceremonia del casamiento! ¡Ah! Mientras leyó el cura, don José Lobo, la Epístola de San Pablo, no pudo Antonia tragar saliva; quiso hablar después para decir que había impedimento, porque Ignacio la había dado su palabra, y no lo pudo decir; tenía la lengua pegada al paladar. Por fin, el cura iba á dirigir á los novios las consabidas preguntas; aquella mujer iba á dar un sí, aquel hombre lo mismo...

—¡Imposible! ¡Imposible! ¡Que no será!—dijo Antonia; y al ir á interponerse entre los novios, dió un salto... y se encontró despierta en el suelo. Aquel día también anduvo mucho, y todo él la persiguió, á manera de espectro, el recuerdo del sueño desdichado.

Las porfías de Antonia lograron á la postre resultados, pero en condiciones malísimas; trabajar mucho para ganar poco. Y á todo esto crecía en ella el enojo, ya en forma de arranque del ánimo, irritado con los sinsabores de la nueva vida, ya dando á su pecho la postración y el cansancio de una nostalgia invencible. Sus pulmones deseaban aire puro, sus ojos campiña feraz y sus instintos de mujer, la presencia de hombres de su casta y de su tierra. Desde que tuvo aquel sueño fatídico, pensó que Ignacio se casaría en Santa Cristina á la menos pensada hora, y concibió propósitos de regresar á Santa Cristina, donde tal vez podría evitarlo, y donde de otra suerte contaría con mayores fuerzas para sufrirlo. Olvidar á Santa Cristina valía tanto como perder á Ignacio. Antonia no abandonaba sus esperanzas. Mientras Ignacio no fuera vencido por otra mujer, podía ser vencido por ella...

—A Santa Cristina pues—díjose un día no pudiendo resistir la vehemencia de sus deseos,—de allí soy, allí siempre he vivido, allí quiero hasta que me muera vivir.

Y tornó á desandar las millas que separan a capital del puertecillo. Según la embar-

cación corría viento en popa, y no evitando tal cual salsero, hacia la playa de Santa Cristina, Antonia con más atención miraba aquellos lugares, donde jugó de niña alborozada y risueña, y donde lloró de mujer las lágrimas de sus primeros infortunios. Todos estos recuerdos acudían en tropel á su imaginación..........................

No sé por qué, pero ello es, que su casa la pareció alegre al regresar; y cuenta que el cielo estaba entoldado y tristón anunciando lluvias.

Al día siguiente era domingo; se celebraba una fiesta en Santa Cristina, y había baile; el contento de Antonia se desbordó danzando al son de la gaita, y rebosando gracia los movimientos de su cuerpo que eran rápidos, y los movimientos de su rostro que se contraía desdeñoso unas veces, que se mostraba otras burlón, y que siempre revelaba la pasión viva de su pecho y los deseos apremiantes de su instinto. Cuando más acallados parecían sus sentidos, cualquier imprevisto suceso revolvía el fondo de sus concupiscencias de mujer sensual, y en su cuerpo se descubrían rastros de oriental languidez, á la par que en su rostro, notable por la

flexibilidad muequera, se notaban los rasgos típicos de la mujer de Occidente. Aquella tarde se entusiasmó Antonia; puso en el baile toda su alma, y logró cansar completamente su cuerpo. Bailó también con el indiferente Ignacio, y perdida la noción exacta de la realidad, mareada de todo punto con el traqueteo incesante, y el ir y venir de una parte á otra, y el dar vueltas hacia todos lados sin estar fija en ninguno, dióse su imaginación á soñar, y soñó más dichas de las que caben en una existencia sola.

Cuando era entrada la noche terminó el baile y se dispersó la reunión. Buen número de mozos siguieron entonces á la regocijada Antonia, que, curtida ya en todas esas malicias de las conversaciones á deshora, entre gente joven y al aire libre, abundó en todo género de picardías, provocó grandes risas entre sus acompañantes, y rióse á su sabor también, regalándose en el espectáculo de tanta zambra y tan grande jaleo.

Lo que no reparó ninguno de aquellos mozos, es que detrás, á bastante distancia, venía otro hombre iluminando el camino con el fuego de su cigarro. Ni pudieron ver, por haberse marchado ya, que algún tiempo

después de entrar Antonia en su casa, llamó quedamente á la puerta el mismo hombre ansiando amorosa plática, y pretextando *pedir lumbre*. Costumbre rural que amén de característica tiene sus visos de simbólica.





X.

El hombre que siguió á Antonia y llamó á la puerta de su casa, para pedir lumbre, era Andrés Bordas; el hermano de María. Antonia, que había vuelto á ser la antigua Antonia, alegre como unas castañuelas, no daba aquella noche una mala contestación á nadie, antes bien, parecía gustosa de poder platicar con todos. Díjerase que quería tomar el desquite por los aburrimientos de la ausencia. Y así era en efecto.

Sentada en el dintel de la puerta, habló Antonia con Andrés Bordas (a) el Tontuelo. Le llamaban así aunque no lo era, porque en realidad lo parecía, y tonto le consideraba la generalidad. Poco avisado en los primeros años, fué en la escuela el más torpe, el más castigado y el menos compadecido, porque su voluntad era más terca que su

entendimiento torpe. Aún niño, fué á la Montaña de criado de un ricachón; entonces comenzó la serie de sus aventuras; toda una poco lucida carrera de picardihuelas al pormenor, que á trueque de volverle pillo, le hicieron despierto. ¡Cuántos hay en quienes las facultades entumecidas en la niñez se desarrollan en la mocedad, y modelos de torpeza antes, son modelos de listeza después!

Cuando volvió á Santa Cristina Andrés, todos continuaron llamándole *Tontuelo*, y fué una de sus más insignes pillerías el continuar fingiéndose tal, para, á la sombra de una impunidad usurpada, ejercer sus malos hábitos de merodeador. Tuvo para ello que ahogar el instinto de la vanidad que en toda situación de la vida pugna por salir á flote, con detrimento quizás de la persona misma y de sus mismas empresas. Riesgo grave que la intuición no vulgar de Andrés comprendió muy á tiempo y desde luego evitó.

Andrés, desde que había llegado, seguía con persistencia, como si tuviera por seguro enamorarla, á la graciosa Antonia. Esta no le hacía maldito caso; ni tan siquiera le juzgaba merecedor de sus desdenes. Aquella noche la contó Andrés sus tristezas lejos de San-

ta Cristina, y su contento desde que tornó de otros paises; aludió á ella como inspiradora de estos contentos, y manifestó propósitos de no abandonar nunca aquel puerto, y de no cejar jamás en los amorosos deseos que le alentaban. Y como se explicotease muy bien, ya al ponderar los males de la ausencia sentidos poco hacía por Antonia, ya al requebrarla insistentemente, ella que sintió al principio, oyéndole referir tristezas de la vida pasada y satisfacciones de la presente, rasgos de semejanza entre la existencia de Andrés y la suya, concluyó por sentir hacia él corrientes de simpatía. Mucho puede la oportunidad; y Andrés fué oportuno, llamando á la puerta de Antonia en la mejor de las ocasiones. La oportunidad dió comienzo á la empresa de Andrés, en la cual mucho le había de ayudar su gran osadía. Antonia era siempre ajena á todo cálculo en sus amorosos impulsos. Al ricachón empingorotado, no le querría por el cebo que pudiese poner á su codicia. Que en ella obraba espontáneamente la naturaleza de mujer.

Está averiguado que la noche siguiente volvió Andrés al propio lugar y á la misma

hora. Antonia, con tal motivo, no acudió á la hila en que se juntaban muchachas y muchachos para cantar, hilar y amar, ó para amar, cantar é hilar, que aquí el orden de los factores altera el producto. En aquel sarao rural, á la pata la llana, sin perfiles ni requilorios, se iba á hacer lo mismo ó casi lo mismo, que en los salones se hace. D. Serapio llamaba siempre á tales lugares centros de contratación.

Mientras había en la hila ruido y algazara; frescas risotadas de muchachitas de pocos abriles; frases intencionadas de aldeanos, no tan zafios como maliciosos; cantos de mayor ó menor cadencia y no siempre buena interpretación, y al amparo y como bajo la garantía de tales ruidos, secretos cuchicheos, pellizcos á hurtadillas y porción de cosas más que por innecesarias ó sabidas se callan; mientras todo esto había en la hila, allá, en opuesto rincón, á la puerta de la pequeña y feucha caseta de Antonia, conversaban en animado coloquio ella, que parecía tener hormiguillo en el cuerpo, y Andrés, sumamente insistente y porfiado.

Antonia escuchaba las palabras de André sonriente, poniendo buena cara, cogido po

una punta el deshilachado delantal, y sacando maquinalmente hilos y más hilos, en tanto que, como por resorte, se abrían alguna vez sus labios para exclamar, á tiempo que encogía los hombros y sin quitar del delantal la vista:

—Bueno... bueno...

La actitud algo pudorosa de Antonia, más aficionada á contestar las declaraciones de amor con chispeantes frases y con miradas provocativas, da idea de las delicadas cuestiones que en aquel diálogo á media voz se ventilaban...

Por de pronto, aquella misma noche logró entrar Andrés en la cocina de la casa de Antonia, donde pudo hablar con ella, ya desembarazadamente, cosas de amor, al dulce amor de los tizones. Y no todo era palique, pues á veces cogía Andrés una mano de Antonia, ó hacía otro movimiento cualquiera, y ella se echaba hacia atrás como con enojos, que antes de muchos segundos habían de resolverse en sonrisas delatoras de sus fingimientos.

Desde aquella noche, muchas más acudió Andrés á la vivienda de Antonia, y entró en su cocina, obligado punto de reunión, y se

abandonó con ella á muy gratas impresiones, en tanto que, sin sentirse por ninguno, transcurrían las horas de la noche, largas, por no decir interminables, en las veladas del invierno.

Al oir frases apasionadas, el rostro de Antonia adquiría más expresión y vida, nuevos y peregrinos matices de belleza. Señalábanse dos hoyuelos en sus ardorosas mejillas, y un tercero no menos gracioso en la barba diminuta; sus ojos irradiaban con más fuerza rayos de amor, y palabras amorosas, impregnadas del calor de los sentidos, brotaban de sus labios, como la grana rojos. Así jugaba con sus pasiones aquella mujercilla de diez y siete años, temperamento nervioso-sanguíneo, exuberante en ese fuego de amor que quema como la lava de los volcanes...

Andrés apenas encubría con rasgos de maliciosa discreción la impúdica libertad de las conversaciones aquellas. Había ganado por completo la partida: Antonia era su querida confidenta.........................

....

A quien conociese el carácter de Anton corregido en sus malas inclinaciones p

peores hábitos, y aumentado por la influencia perniciosa de no buena educación ni buenos ejemplos, no extrañará absolutamente nada la caída de Antonia. Al calor de los deseos inspirados por Ignacio, ante el cual surgían, como evocados por conjuro, sus bajos instintos, trocáronse las energías en debilidades. Empleó al querer todas sus fuerzas, y hallóse sin fuerzas al resistir... Ignacio triunfó; Andrés recogió el fruto de la victoria.

No de otra suerte el caminante, sin desviarse un punto de su senda, alarga la mano para coger de la fragante parra dorado racimo, que maduró al calor de los solares rayos.





XI.

En una de aquellas conversaciones inacabables de Antonia y Andrés, ya agotados todos los términos amorosos, y colmada de galanterías Antonia, entretúvose aquél en referir á ésta, las aventuras de su vida, al tenor siguiente:

—Sabes de mí, Antonia, en cuanto á los primeros años, que aquí nací, aquí me crié y aquí fuí á la escuela, para no lograr soltarme á leer, sin duda por andar demasiado suelto para correr y brincar. Yo de chiquillo brincaba mucho y corría más; pero en cambio, ni quería ni sabía hacer otra cosa. Quizás sepas, aunque no te importe, que mi padre, por la gota, no podía trabajar; por ello estaba mi madre llena de quehaceres y sinsabores. Pobre... ¡y cómo se anticipó su muerte por abusar tanto de la vida!

Andrés hablaba en tono quejumbrón; Antonia escuchaba con cara triste.

—Mi padre y mi madre, después de larga deliberación, á la que estuve presente—nueve años contaba entonces, y me acuerdo todavía,—decidieron que me fuese acostumbrando á ganar pan. Y como hubiese colocación en casa de un ricacho montañés, á la Montaña fuí á dar con mis huesos, previas muchas, muchísimas lágrimas al dar un adiós muy sentido á mi hermana y á mis padres, y al despedirme de todos los compañeros de juego. El primer adiós es tan triste como el último; el adiós á la propia tierra, sólo tiene igual en el adiós á la vida...

—Quejumbrón—dijo Antonia por lo bajo interrumpiéndole.—Andrés hizo un ligero movimiento de hombros y cabeza, como despreciando las tristezas que le acometían, y continuó en distinto tono, con no lastimado acento:

—Iban mis bolsillos sin un solo perro, quiero decir, sin cinco céntimos de los que se estilan, cuando emprendí viaje á la Montaña. Y á pesar de esto, y de todo lo otro que ya queda dicho y que no quiero repetir, en cuanto traspuse la primera colina, ya co

mencé á cantar como si tal cosa. Salí de aquí cuando despuntaba el día, y llegué allá cuando apuntaba la noche...

El amo, tratante en bueyes, me recibió mal; vaya en gracia de que luego había de tratarme peor. Era un tío de muy mala alma... ó no tenía alma, mejor dicho.

En la tal casa no me solía acostar temprano, pero en cambio me levantaba tempranísimo; era un trabajar constante, fatigoso, imposible... Y así fuí tirando flaco como perro viejo, y sumamente comidito de las pulgas, sin que sepa yo lo que chupaban las indignas, porque mi sangre no debía ser muy sustanciosa... ¡Quizás por eso la chuparían mejor!... ¡Caráspitis qué vida aquella! Un día, último de año, me fuí para no volver más, así me ahorcasen. Antes cobré la soldada; cuatro miserables duros, que era lo que importaban trescientos sesenta y cinco días de sudores, gritas y tirones de orejas; que de todo eso, y de mal comer y peor vestir, se componía mi existencia desastrada...

Pues sí; me marché sin saber á dónde, sonriéndome por no perder la costumbre, metidas las manos en los bolsillos de un calzón con más girones que remiendos; lo cual

no me tenía sin cuidado, porque apretaba mucho el frío. De noche había helado; por el día diluviaba; agua de nieve derretida... ¡Aún tiemblo y tirito cuando me acuerdo!... ¡Vaya un tiempo de Judas!... Y yo tan fresco: me fuí de la casa de marras canturriando no sé qué aire nacional... porque no soy de los que se ahogan en poca agua, aunque me esté mal el decirlo.

Entonces, como no tenía mundo, parecíame un tesoro los cuatro duros de la soldada; y para que no se me perdiesen, los llevaba envueltos en la punta de un pañuelo de hilo que robé al amo, además de otras zarandajas, para que me sirviese de recuerdo. Tenía yo entonces catorce años... En casa del tratante estuve cinco. ¡Y cuánto oí murmurar de él en la cocina de la casa, y cuánta cosa mala aprendí oyendo aquellas conversaciones! Ellas despertaron en mí las aficiones al hurto; á bien que éstas más me inclino á creer que naciesen conmigo.

Así que salí de casa del condenado tratante, á quien malos diablos confundan, me dediqué á la mala vida; constantemente cruzado en los caminos, era pobre pedigüe para unos y ratero incansable para otr

—Y al principio, ¿no te remordía la conciencia?—murmuró Antonia, riéndose maliciosamente como si se burlara de su propia pregunta.

—¿Conciencia dijiste?... ¡Bah, bah!... Y es que de no hacer eso, me hubiera muerto de hambre... que debe ser cosa poco divertida...

Siguiendo mi relación, te contaré que desde aquellos días anduve muchísimos errante, durmiendo una noche mal, otra peor y alguna bien. Nunca me faltaban, en cambio, la tajada y el vaso... ¡Y buena falta que me hacían vaso y tajada! ¡Pues á fe que los trabajos no eran pocos, y los sobresaltos, peripecias y temores eran muchos!... ¡Ah! ¡Si hubiera de contártelos todos, válgame Dios lo que tendría que contarte!

Baste decir que dos veces fuí entre guardias civiles á la cárcel, por descubrirme en funciones de hurto, y aunque pretexté necesidad, hija de la pobreza, no me libré de pasar varios días á la sombra muy contra mi voluntad. Vaya por otras veces que logré escapar por pies, con la propia ligereza de gamo, de la inmediata persecución de las ejas.

Bien mirado, las alternativas y las emociones de aquella vida también tenían sus atractivos. Sin emoción, sólo hay aburrimiento; por eso son estos los días más gratos de mi existencia: que tanto valen las emociones de amor en tu grata compañía... ¡la mejor compañía del mundo!

Ella le miró cariñosa, y se sonrió expresiva... Andrés continuó su relato:

—Pues sucedió que me delataron algunos por sospechoso; que las parejas de civiles dieron en considerarme tal y en vigilarme mucho, y que comprendí lo muy difícil de mi caso. Mis ganas de volver á Santa Cristina tampoco eran muchas, porque sé el refrán que dice «nadie es profeta en su patria,» y tenía yo mis temores de que se confirmase el refrán. Amén de que vivir á cuenta de los paisanos de uno, parecíame algo odioso. Escrupulillos de novato...

Ello fué que, andando en éstas, topé con una ocasión pintiparada de colocarme. Regresaba del veinticinco, una buena feria de ganado vacuno, caballar y de cerda, cuando me encontré con un ginete de facha torva y antipática, como de quien era y de lo que era; López, un ladrón jefe de partida, que

ha jugado muchas partidas serranas... y á quien haya perdonado Dios. Por su merecida reputación de ladrón hábil, me pareció simpático; por su fama de hombre criminal, me pareció repulsivo...

Ibamos, á paso largo yo, y él á trote corto; hablábamos de prisa. De cuando en cuando su jaco, muy rijoso, nos interrumpía con relinchos.

Sin hablar mucho, logramos entendernos.

—Chico, tú me convienes, dijo él.

—Pues á probar fortuna, contesté yo... y aquella noche me incorporé á la gavilla. No había nacido para eso. Las picardihuelas al por menor, los hurtos á salto de mata, los temores no grandes de tal vida, y sus muchísimas peripecias, ejercían sobre mí poderoso atractivo; pero los robos en cuadrilla, los grandes sobresaltos que les acompañan, y los no menores peligros que les rodean, la traza bárbara de los ladrones, y sus hechos criminales, todo eso sublevaba mis sentimientos.

—Al fin apareció la conciencia,—interrumpió Antonia.

Poseído Andrés de verdadero entusiasmo narrativo, continuó:

—Ni ambicionaba yo ser todo un potentado, para que excitasen mi codicia aquellos grandes robos en que se contaba por pesos. Hice en la gavilla oficios de ayudante, y aun hubo quien se propuso instruirme en los secretos de sus estratagemas. Comía bien, no bebía peor, y estaba sano. Tres cosas entre sí relacionadas, y las tres inmejorables...

Cuando menos se piensa, salta la liebre; cuando más descuidada estaba la gavilla, saltó sobre ella fuerza de la guardia civil. ¡Qué fatigas, y qué sudores pasé entonces! pero por bien empleados doy sudores y fatigas, aun siendo éstas tan grandes y aquéllos tan copiosos, porque al cabo logré poner pies en polvorosa. ¡Y con qué ganas me reía después, cuando pensaba que irían todos *los otros* camino de la cárcel, si no estaban ya en ella, y cuando me consideraba yo libre, feliz é independiente! Porque lo que es lástima, maldito si me daban ninguna; como que precisamente la víspera de la sorpresa me arrimó López una más que mediana paliza, que tuvo por comento los denuestos de la gente aquella; valiente colección de brutos desalmados, que no decían ni pensaban sino lo que pensaba y decía el capitán. Fué la cues-

tión, que éste sospechó de mí, que me registró de pies á cabeza, y que topó lo que buscaba; unas pocas pesetas que yo había cogido sin darme cuenta de ello; ¡tales iban siendo ya mis hábitos de alargar la mano! El gran pecado aquel, me costó quedarme sin las pesetas del caso, más sin algunas otras que eran de mi exclusiva propiedad, y me valió la paliza que te dije, y los denuestos de que te hablé. ¡Tantas ganas me dan ahora de reir, como las que tenía entonces de llorar, al recuerdo del soberano desdén con que aquellos hombres me llamaban raterillo! Para ellos que mataban sin escrúpulo, y quemaban sin temor, y que además robaban por gusto y destruían por puro goce lo que no pudieran llevarse, era caso despreciable y cosa inaudita, el hurtar sin destruir, según la rateril manera.

Pasmóse no poco Antonia, al llegar á este punto, del calor con que Andrés hablaba mal de los ladrones, por no poner éstos en buen lugar á los rateros. Era Andrés de la propia condición de los Rinconetes y Cortadillos, e no creo haya zona en España donde no conozcan por sus originales truhanerías, ɔor las no vulgares trazas de que dan mues-

tra al usurpàr lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Los anales de la clase en que Andrés hubiera podido despuntar á no retirarse pronto, tienen en la comarca aquella nombres que han adquirido celebridad. Y aun del sexo contrario. Valga, por ejemplo, la *Loba*.

—Entonces—continúa Andrés en el uso de la palabra,—me busqué la vida como pude, y pude encontrar buena vida. Claro está que por buena debía ser corta; y fué cortísima. Bien pronto purgué en la cárcel mis atrevimientos, por delación de uno del oficio. No me acordé de aquel sabido cantar, que dice así:

El secreto de tu pecho
No lo cuentes al amigo;
La amistad luego se acaba
Y él te sirve de testigo.

La oscuridad de la cárcel me apenó muchísimo; y lo que fué peor, sus humedades me causaron unas calenturas malignas, que pusieron mi vida á dos dedos de la muerte. Hubiera sido un bonito fin de fiesta... ¡desde la cárcel al cementerio!...

Durante el mal no hice sino pensar en Santa Cristina, y de Santa Cristina hablaba

en el insistente delirio. Por eso, así que estuve convaleciente, me vine por mi pie. ¡Así llegué, que parecía más muerto que vivo! ¡Ah! Pero ya contaba con que aquí sanaría muy pronto; y sané con la satisfacción de respirar los aires marinos y con los presentimientos de una dicha muy grande... la dicha, Antonia, de conocerte.

La miró Andrés entonces con insistencia pecaminosa; cogió después su mano, que juzgó suave y pulida, aunque tenía sobrados vestigios del costureril trabajo, y se deleitó contemplando el brazo que, remangado hasta el codo, lucía las bien repartidas carnes, por sonrosadas y frescas, tentadoras...

No mucho más tarde salía Andrés de casa de Antonia, risueño y satisfecho.





XII.

En tanto que para Andrés y Antonia se sucedían con rapidez vertiginosa días de ventura, que serían para otros inacabables como de desgracia, concluía el mes de Noviembre con vientos y truenos, relámpagos y rayos. En ninguna canícula recordaban los nacidos truenos más fuertes, ni en muchos cordonazos de San Francisco tan insistentes vientos, como los que siguieron aquel año al despejado y caluroso veranillo de San Martín. Lo malo era que el temporal traía por cortejo rayos y chispas donde menos se pensase, y en todas partes insistente y dañosísimo granizo. Naturalmente, hubo en la mar muchas peripecias, que aparecieron relatadas en la sección de noticias de los diarios de la capital; y á punto estuvo Ignacio de figurar en tal inventario de tristes sucesos.

Fué el caso que un día, durante tan mala luna, se hizo Ignacio á la mar, estando ésta bastante picada, por resultas del Noroeste que soplaba con alarmantes intermitencias. No mucho después de la partida empeoró la situación: las nubes, empujadas por el viento, corrían en un desfilar inacabable. Quedaba despejada á trechos la bóveda celeste, y era su azul entonces, no de la entonación vistosa y brillante de la seda, sino del tono apagado y oscuro del terciopelo. Pero aquella relativa claridad, no siempre iluminada por los reflejos del sol asaz vergonzante, pasaba bien pronto; así que una racha de aquel viento, por lo desigual traicionero, arrastraba las nubes que, con su fea traza y fiero aspecto, parecían protestar contra los próximos rigores del temporal desencadenado.

Pardas, cenicientas, borrosas algunas nubes, amenazaban deshacerse en aguas como si tuvieran intenciones de anegar la tierra; negras otras hasta el punto de parecer pintadas con tizón, llevaban su vientre preñado de tempestades, que tendrían por voz el trueno y el rayo por arma.

Y á todas estas el viento, que silbaba en las rendijas, tronchaba árboles, inclinaba

frutos, ponía en conmoción las obras de los hombres, y llenaba la tierra de amenazas extrañas y de ruídos misteriosos. Las aguas del mar, reflejando los distintos tonos de las oscuras nubes, parecían envanecidas de su grandeza y poderío; alzaban por lo alto, hasta distancia grandísima, las espumas de sus olas, que trazaban órbitas inmensas en su constante movimiento de ondulación. Las gaviotas huían atemorizadas, cortando el viento con su volar ladeado, para ir á posarse en las vergas, ó á esconderse en algún ignorado peñasco de apartada playa.

Por fin, todas las nubes se confundieron en una sola, como si cansadas de ser juguete de los vientos quisieran unir sus esfuerzos para resistir. El viento amainó algo para tomar alientos mayores; bien pronto tornó á azotar las facciones, en vez de acariciarlas. Las gotas de agua no se desprendían mansamente del nublado; daban picotazos en el rostro.

El nublado oscuro parecía aproximarse á tierra, cuando rasgó su negrura un trueno metálico, estridente, que daba pavor, y la luctuosa oscuridad fué reemplazada por la claridad imponente y ofuscadora de los relámpagos...

Primero se recogieron rizos á la vela; al cabo hubieron de plegarla. De babor á estribor sonaba el maderamen reciamente combatido. Las olas parecían montañas; su movilidad, sus espumas, el hervor de sus pasiones, su negrura imponente, todo contribuía á que vacilasen los corazones bien templados de la gente marinera. Y más que nada, aturdía el vocear de las mujeres, que ya demudada la color, gritaban sin darse punto de reposo:

—¡Adiós, padres y hermanos... adiós para siempre!... ¡Virgen del Carmen *benditiña*... sálvanos, Virgen!... Mi Juan, mi Juan, hombre del alma querido... ¡ya no verás más á tu Pepa!... ¡Ay, hijos míos de mi corazón!... ¡Dios nos valga!... Animas benditas, socorrednos... Ignacio, sálvanos por la cruz de Cristo...

Y menudeaban los ofrecimientos, y unas mujeres suspiraban desgarrado el pecho, y otras gritaban como furias, y todas lloraban en un incesante llorar. Había algunas que se agitaban convulsivamente, con movimientos de horror, encendidas las mejillas, los cabe llos alborotados, como si vieran y palpara el estertor angustioso de la muerte. Ignacio

blanco ya como la lona de la plegada vela, hacía, materialmente colgado del timón, supremos esfuerzos para resistir el empuje de las aguas; los marineros en tanto procuraban bogar desabrochadas las blusas, y corriendo por sus pechos, rosados en los jóvenes, negros y cubiertos de espesa pelambrera en los maduros, abundantes gotas de sudor. La lancha en tanto daba violentas sacudidas, hundiéndose primero en los abismos y perdiendo de vista la tierra, alzándose después á tal altura, que la tierra veíase debajo.

Afortunadamente, cuando ya estaba próxima á agotarse la hercúlea resistencia de los tripulantes marineros, llegó la caída de la tarde, hora propicia á la calma en la naturaleza, y hubo uno de esos cambios rápidos no raros en ésta. Cesaron los vientos embravecedores, y á poco los navegantes bogaban tranquila y apaciblemente, como por un lago. Las aguas, rendidas por su anterior agitación, parecían abandonarse á un perezoso adormecimiento. La vista se complacía en la contemplación de la bienhechora calma, en tanto que en los oídos zumbaba, á manera de eco, el ruído de las olas. Notables contrastes de la naturaleza. Ya rasgadas las

nubes aparecían los últimos rayos del sol, iluminando con tenue claridad aquella muda, pero tierna escena. Al mismo tiempo, á través de las lágrimas que aún rodaban por las mejillas de las mujeres, dibujábanse bellas sonrisas: era el sol de la felicidad rompiendo las nubes de la desgracia...

No faltó, como es consiguiente, quien, inclinado sobre la baranda, arrojase por la boca cuanto llevaba en el estómago, desahogando así las angustias mortales que produce el mareo, cuando se siente un efecto tal como si jugaran dentro de uno mismo al tira y afloja no sé qué extraños enemigos; malestar que hace palidecer el rostro, llena de pesadez el cerebro, y produce desmayo en el espíritu.





XIII.

Por las noches, antes de ir al descanso... ó á las mozas, solían juntarse buen número de marineros en la taberna, donde en amor y compañía, transmitiéndose impresiones relativas á cosas del oficio ó ajenas á él, entre párrafo y párrafo, iluminaban las interioridades de su cuerpo, con sendas copas de un licor llamado *perrita*. ¡Si será el licor malo, cuando le han puesto tan feo mote! Establecimientos de tal clase había dos en Santa Cristina; y como el consumo no era escaso, pues tales lugares son paradero obligado de las propinas, cuando no por añadidura de las soldadas de la gente marinera, ello es que ambos establecimientos daban lucro á sus amos: uno sobre todo, el de Melchor. De lo cual ya daba idea al transeunte el letrero que lucía sobre la puerta; una tabla pintada

de azul, sobre la cual se destacaban muy majos y enrevesados caracteres rojos. Al lado del anuncio y para confirmación de lo que decía, veíase una rama seca de laurel.

Desde que Melchor mejoró su local, empeoraron los géneros. Así como así, sabía que las gentes pagándose de la novedad exterior, lejos de abandonar el establecimiento, habían de frecuentarlo más. La noche de la tormenta de marras, estaba llena de bote en bote la taberna de Melchor; tanto mejor para éste. El no haber llegado algunas lanchas, y la noticia del riesgo que corrió la de Ignacio, llevaron allí mucha gente, ansiosa de noticias. Ignacio y sus compañeros contaban la escena en varios corros todavía impresionados; los oyentes impresionados también, comentaban aquella relación con sus gestos y sus exclamaciones. Esto y hacer cálculos sobre la suerte de otras embarcaciones que no habían llegado, fué la ocupación única de los que estaban presentes. Quien inspiraba más cuidado era un tal Torres, que se disponía á regresar de la ciudad cuando salió Ignacio, y que aún no había aparecido.

—Quizás retrocediera, decían unos...

III

—¡Bah! acaso no llegase á salir, añadían otros.

—¡Dios lo quiera así! exclamaban algunos con acento dolorido y expresión de duda...

—Mañana sabremos la verdad, concluían no pocos mostrando empeño en alejar de los ánimos una idea siniestra. Pero bien pronto, á pesar de todo, volvían las cábalas y las suposiciones. Entre los que por allí hormigueaban de corrillo en corrillo, oyendo cincuenta veces lo mismo, y sin despegar una sola los labios, estaba el tontuelo Andrés.

Como se fueran algunos retirando, quedó más desahogado aquello; á la profusión de conversaciones en corrillo, había sustituído un diálogo general...

—¡No, lo que es la tormenta fué buena!... —decía un marinero de pocos años, que no vió en su vida otra tal, y á quien todavía le temblaban las piernas...

—Y lo peor... ¡rayos!... lo peor,—añadía un marinero viejo, encorvado y calladote,—era la falsedad del viento!...

Ignacio por su parte concluyó:

—¡Phs!... si no fueran las mujeres, me-os mal... Grandes, vive Dios, eran las olas,

grandes los vientos y las lluvias, pero eran aún mucho mayores los gritos de las mujeres... ¡Que el demonio me lleve si jamás me ví tan apurado desde que me aprobaron de patrón!...

Andrés fijo en el marco de la puerta, y apoyadas sus espaldas contra la pared, paseaba su mirar por las botellas, que había en escaso número, y sólo la quitaba de allí para volverla á un gran pipote de vino colocado á la mano derecha del mostrador. También dirigía tal cual envidiosa mirada de reojo, al taberno Melchor, que en lo colorado de los pómulos, y encendido y chispeante de sus miradas, indicaba sus aficiones á la bebida: así como revelaba buen trato alimenticio en lo prominente del abdomen, que para descanso de aquella humanidad tabernaria, se apoyaba en el mostrador.

Un marinero de Ignacio, Miñán, muchachuelo de caletre agudo y lengua larga, la tomó con el tontuelo Andrés, y estuvo dicharachero y oportuno. Riéronse de sus ocurrencias los presentes, y por su parte Ignacio deseando que acabase alegremente aquel día, que á punto estuvo de ser el último de sus existencias, convidó generosamente á

cuantos presentes estaban; idea que se aceptó por todos, con vivas muestras de satisfacción. El tontuelo acercóse al mostrador bien pronto, para no ser el último en hacer uso de sus derechos de convidado.

—¡Que te achispas!—gritóle Miñán á tiempo que empinaba.

—Las ganas—contestó Andrés;—paga tú, veremos quién se achispa antes.

—Pago yo cuanto bebáis,—gritó Ignacio siguiendo la broma.

—¿A que no soy yo quien pierde el sentido?—prosiguió Miñán.—Si no lo perdí en el mar á pesar de tanta tempestad... y tanto grito. ¡Válgame Dios qué manera de aturdirme la dichosa Juana!

—¿Para qué te acercas á ella?—se dejó decir Andrés bobamente.—Precisa saberse que esta *ella* era la novia del chico.

—¡Pues qué!... ¿quieres que te deje el lugar?... están verdes,—replicó Miñán sobre la marcha, guiñando de ojo á los presentes, y pasando sobre la boca el dorso de la mano, así como quien dice: «límpiate, que estás de huevo.» Y después, para darle dentera, riéndose ya con estrépito, y enseñando sus dos bien pertrechadas filas de dientes, añadió:

8

—Ha prometido regalarme rosquillas de almendra y de ginete... ¡Quién te las diera!

—Andrés contestó con un ¡bah! que llenó su boca, y en seguida volvió á su tarea de menudear tragos con indecible prontitud. Como Miñán no se quedase atras, para no ser el derrotado en semejante duelo... á chispa, pronto llegaron á estar uno y otro tales, que nada tenían que echarse en cara. Pero precisamente hacían todo lo contrario. Notaba cada uno la chispa del otro, y ninguno de los dos se daba cuenta de la suya: los dos derrotados por sí mismos, y á un tiempo, declarábanse con vanagloria triunfantes.

—Borracho... ¿lo ves?... tú perdiste, decía cualquiera de los dos separando mucho las sílabas, como si también diera traspiés la lengua. Y el otro contestaba de igual manera y en el mismo tono:

—Borracho tú... yo gané.

Porfiaron así buen rato sin poderse convencer mutuamente, pero convenciendo á los demás de su estado. E indignándose por grados, al notar sus terquedades respectivas, llegaron, merced al escozor báquico, á decirse cosas que verdaderamente escocían. A l(
insultos de palabra, sucedieron otros men(

cultos todavía de ademán. Rapela alargó á su contrincante, y no á guisa de cariño, un regular mojicón, que sonó á vacío, según parecer de los presentes, en la cabeza de Andrés. Este volvióse indignado: se armó la gorda; lucha singular, digna de ser cantada por Hesiodo; un verdadero granizo de cachetes. Por sabido se calla, que con tal espectáculo riéronse grandemente todos, pues los dos rivales parecían gallitos según la prontitud con que brincaban, revolviéndose con agilidad estratégica que evitaba los golpes y menudeábalos sobre el adversario. Hasta que al fin hubieron de separarlos; con lo cual pesada la cabeza, torpes los pies y rosmando insultos, tomaron sus respectivos caminos.

Previos los saludos de ordenanza: buenas noches, descansar, y que de hoy en veinte años; que tú los cuentes... y sea para bien, etc., etc., despidiéronse todos, levantándose así la nada corta sesión. Eran las diez.





XIV.

ANDRÉS se fué á casa de Antonia, pero dió antes de llegar no pocas vueltas, extraviándose en el camino como si por primera vez lo anduviese. Las casas balanceábanse á sus ojos, ni más ni menos que si ocurriese un temblor de tierra, y los rayos que enviaba la luna, llena, mofletuda y oronda, parecíanle oscilar al compás mismo de la tierra. Su imaginación iba dando vueltas al por qué de tan raro suceso, y sus pensamientos extraños se formulaban en frases incorrectas: no es caso raro en los achispados que entablen diálogos consigo mismos. Cuando llegó Andrés á casa de Antonia, abrió la puerta de un empujón, diciéndose:

—Pronto anduve el camino... tanto mejor, que hoy muchas cosas he de decir á la chica.

Y con las manos en los bolsillos, echado hacia atrás el sombrero, pegada á los labios una apuradísima colilla y rosmando la marcha real, entró Andrés en la cocina de Antonia como Perico por su casa. No advirtió que estaba con Antonia una mujer, y mucho menos paró mientes en que esta mujer era su hermana.

En el rostro de Antonia aparecieron todos los rasgos y todos los colores del enojo y de la vergüenza; quiso decir algo, pero no supo qué decir. Andrés trocó su risa provocativa de chispo seductor, por un gesto de rabia. Y gracias que tuvo la oportunidad de callarse, dar media vuelta y marcharse por donde entró.

Cuando, así que se marchó su hermana, volvió Andrés al lado de Antonia, encontró á ésta llorosa y de malísimo talante. Por una parte, la atmósfera estaba muy cargada todavía de flúido eléctrico, y el sistema nervioso de Antonia no disfrutaba paz. Además, las noticias de la borrasca que corrió Ignacio habían emocionado á la pobre costurera. Al fin, pensando en Ignacio, comenzó á sentirse mujer, y á soñar como sueñan las mujeres, descubriendo en las intuiciones

de su nerviosa actividad, los grandes secretos de la vida. No tenía culpa Ignacio de las desgracias de Antonia, más bien que á las ajenas seducciones, rendida á las propias debilidades, á las excitaciones amorosas que producía en su naturaleza la presencia de aquél.

En Ignacio pensaba Antonia antes de llegar Andrés, mientras María hablaba de la terrible tempestad; en él pensaba, soñando ilusoriamente, cuando apareció Andrés como personificación de una realidad torpe, y en él, en fin, continuaba fijo su pensamiento cuando volvió Andrés, así que se marchó María.

¡Lánguida y fastidiosa velada aquella! Antonia apenas habló, y más valiera para Andrés que del todo callase. Estaba preocupada, triste; no quitaba los ojos del fuego, sentada en un banquillo, encogidas las piernas, apoyados los codos en las rodillas y puestas las manos en la cara. Si Antonia separaba el pensamiento de Ignacio, era para volverlo á María.

—María lo habrá comprendido todo, decía entonces en alto y taconeaba con fuerza, en tanto que por la rabia de que se hallaba poseída, rechinaba sus dientes.

Andrés no sabía qué hacer ni qué decir. Quiso distraer á la muchacha de aquel entusiasmo prolongado, y la dió un tirón de la ropa diciendo:

—Mujer, mírame.

—Hombre, déjame—replicó Antonia,—y tornó á fijar su mirada en la brasa roja, en la azulada llama y en la gris ceniza. Antonia no pensaba nada á derechas. Estaba preocupada, atraído su espíritu por aquellas emociones que no podía comprender, ni alcanzaba á distinguir, pero que no cesaban un punto de solicitarla. Andrés volvió á interrumpirla, cansado de tanto silencio, enojado de que turbase la belleza de Antonia aquel mohín de aburrimiento y asombro.

—Antonia, oye lo que te quiero contar...

—Calla, mal hombre—murmuró con voz que arañaba.—Y como Andrés quisiese nuevamente hablar, exclamó ella con ademán imperioso:

—Engañador de mujeres, calla...

Andrés no quiso provocar una escena ruidosa y permaneció en silencio. Además no causaban mella en su espíritu, curtido por todas las malicias, ningun género de denuestos. Antonia permanecía fija en el chispo-

rrotear de la lumbre: la savia de la madera —no del todo seca,—quejábase del tormento del fuego. Al fin, distraída en el orden de sus cavilaciones, rompió á llorar, derramando lagrimones como puños. El peso que sentía en el pecho se había subido á la garganta. Su naturaleza necesitaba el llanto para desahogo.

Andrés, compasivo, prodigó á la llorosa muchacha toda suerte de consuelos y caricias. Antonia lloraba cada vez con más ganas, y suspiraba con verdadero ahinco. Mejor que mejor; así se evaporarían más pronto sus pesares; que son las mujeres pecadoras, corazones llenos de sensiblerías, pródigas en lágrimas con que quizás no engañan á otros, con que sin duda se engañan á sí mismas.





XV.

DESEANDO Andrés trocar su condición de pobrete envidioso en la de hombre envidiado, comprendiendo que harto llevaba ya disfrutado de la pícara holganza en los transcurridos años de su adolescencia, cansado de la desastrada vida de mozuelo, decidió emigrar á Buenos-Aires en busca de aires mejores. Así como así, años antes, al echarle las cartas Tiburcia, pronosticó que sería afortunado en ganar dineros y lograr amores. Probado esto último, con notorio detrimento de Antonia, que se cuidó de hacer buenos los pronósticos de su tía, restaba que para lo primero no le faltase buena estrella. Sin duda que le valdría de no poco su decisión, y de mucho más sus apariencias de infeliz y sus realidades de pilluelo. Pues aunque es cosa sabida de todos que el hábito no hace al

monje, todos suelen juzgar por el hábito y dar patente de monje á quien lo lleva. ¿Quién había de sospechar cosas malas de aquel Andrés Bordas, con su carita de San Antonio, adulterada por una sonrisa de tontuelo, patrón de Padua ingerto en vecino de Coria?

No vaciló Andrés mucho tiempo, aunque, como todo proyectista, no se libró de sentirse á veces dominado por negros pesimismos, que con fatal conjuro evocaban malos agüeros para tormento de su espíritu, singularmente supersticioso.

Andrés se marchó sin despedirse de Antonia, sin anunciarla siquiera su partida. María fué con él á la ciudad para darle allí el último adiós, y volverse después sola, á vivir sola... quizás hasta la muerte.

Los últimos momentos, en el muelle de la capital, fueron conmovedores, terribles. María era una Magdalena en el llorar... ¡una Magdalena sin pecados! Hubiera ella querido transmitir á su hermano, en aquel apretado abrazo final, todos los sentimientos de su corazón.

—Los malos ratos deben ser cortos—dij Andrés, afectando serenidad y desasiéndos de los brazos de María.

Permaneció ésta arrebatada por el pesar, mientras corrían sus lágrimas por las mejillas y se ahogaban en su garganta los sollozos. Desde allí vió alejarse el vapor en que marchaba Andrés. Luego se embarcó ella para Santa Cristina.

Estaba un día de sol espléndido; el horizonte despejado, el ambiente puro, la mar en calma chicha. Sólo se oyó durante la travesía el ruído de los remos en las aguas y el suspirar hondo y constante de la hermana de Andrés. Tenía ésta encendidos los párpados, manchadas las mejillas del correr incesante de las lágrimas; con todo lo cual, su nada bonito rostro excitaba compasión. Los marineros, hombres llanos y honradotes, prodigáronla consuelos; pero mayor era entonces su llanto, y es que vibraban con más fuerza las cuerdas sensibles de su alma.

Interiormente no cesaba María de formular votos al cielo por Andrés...

—¡Dios le haga bueno!—se decía ella.—¡Dios le perdone!...

....

Antonia supo la marcha de Andrés cuando todo el mundo, y aun como todo el mundo: con completa indiferencia. Pero al vol-

ver sobre sí misma aquellas miradas que prodigaron al emigrado Andrés tantas caricias, perdió Antonia su serenidad. Era que las caricias aquellas, dulces y gratas un momento, traían, por consecuencia funesta, muchos momentos de amargor. Voló su pensamiento á fijarse en Ignacio, y comprendió que de Ignacio la separaba un abismo. Entre Ignacio y ella interponíase Andrés. Este había buscado el goce de la mujer, que no el amor de Antonia; Antonia se había rendido á las tentaciones del hombre, que no á los atractivos de Andrés; por eso escuchó indiferente la nueva de su marcha. Harto tenía con deplorar su triste situación.

Estaba Antonia como aplanada, reducida en el silencio de su soledad á la consideración de sus cuitas.

Alguna vez, en el sopor del último sueño, adormecidos los sentidos para la comprensión de lo real, pero no para el sentir confuso y vago de las sensaciones del placer, veía á Ignacio cerca de ella, prodigándola caricias que rebosaban amor, dirigiéndola sentidas frases... ¡frases que aprendió de labios de Andrés en horas de contento y de locura! Al repetirse en sueños tales locuras,

y contentos entre las apasionadas caricias de Ignacio, embargaba su sér una alegría grande, intensa, una emoción viva, penetrante. Y sacudíase su cuerpo nervioso entre las sábanas del lecho, con lo cual alejábase el sueño, y entonces, levantados los párpados, fijos los ojos en el alborear de un nuevo día, tornaba su espíritu al enojoso aplanamiento, y dominaban su cuerpo el cansancio y la pereza.

Antonia fingíase animada delante de las gentes, acudía á las fiestas, danzaba en los bailes, cantaba ufana al parecer como en sus mejores días, y repartía con profusión entre sus muchos galanes, sonrisas y desdenes. ¡Ah! En tanto, la procesión de sus dolores andaba por dentro. Y no disminuía, claro está, su renombre de guapa ni su fama de desdeñosa. Ni tampoco disminuían entre los mozos deseos mal encubiertos, que no sé si tenían estímulo mayor en sus bellezas ó en sus desdenes, ni cesaban de menudear comentarios en que á veces sufría detrimento Antonia (venganzas de los desdeñados), y en que siempre se reconocía entre los mayores elogios la soberana beldad de la moza de Santa Cristina.



XVI.

AUNQUE no sentía Antonia esas crisis nerviosas que alimenta amorosa fiebre, no era menor su malestar; sentía moral aplanamiento, cansancio corporal, dejadez perezosa, afán de no hacer nada... como no fuese cavilar en sus deseos y llorar sus desgracias.

Escondido en lo más hondo de su pecho, entre las frías cenizas del desengaño, ocultábase latente el fuego de su amor á Ignacio Ruy. De vez en cuando, al soplo de lo ilusorio, encendíase aquel fuego en llamaradas, esparciendo en sus venas calor, llenando su alma de contento.

Pero bien pronto nuevos pesimismos, alimentando los vientos de la desilusión, cual otro *simoun* devastadores, arrasaron toda ventura, extirparon todo germen de dicha, ahogaron, en fin, aquel fuego que ardía al-

guna vez en llamas vivas y regeneradoras. Tal desastroso efecto causaron en Antonia, los primeros indicios de próxima maternidad.

Su desazón, que era grandísima, sugirióle el propósito de abandonar aquella tierra, donde de otra suerte daría pávulo á la murmuración y sería señalada con el dedo.

En la capital—á donde decidió trasladarse,—rodeada de muchos, pero desconocida de todos, lograba una manera de soledad, y no andaría su nombre en lenguas de las gentes, ni sería objeto constante de indiscretas miradas y acerbas censuras. Seguiríala sólo la protesta intuitiva de su conciencia, aunque no alcanzase á reflejar la culpa sino de manera incierta y vaga.

La caprichosa imaginación de Antonia no se refugiaba ya en un risueño porvenir poblado de esperanzas, que se ofrecía á sus ojos lo porvenir lleno de cuitas. Antes del parto, las angustias de la incertidumbre; en el parto, los grandes dolores de tan suprema crisis; después del parto, los deberes de una maternidad que carecería de los puros goces propios sólo de las maternidades legítimas. Y la imaginación amontonaba sombras en cuadro del alumbramiento, y dibujaba en lo

espacios la silueta de una pobre criatura, símbolo de su pesar y su desgracia.

La piedad de María era cada vez mayor, su devoción más firme, mayores sus penitencias. Pasábase las horas enteras sobre las baldosas frías y húmedas del templo, atraída por divina solicitación que producía amoroso letargo. Quien la viese abstraída, ensimismada, de rodillas delante del altar y la vista puesta en lo alto, creyera que pretendía atraer las misericordias del cielo con el porfiar insistente de sus miradas. No faltaba quien murmurase de ella por devota: pero sobraba quien la defendiese por eso mismo y por inocente, cariñosa é inofensiva.

Frecuentemente se acercaba María con modesto ademán y rostro compungido á las rejillas del confesonario, y su boca balbucía palabras de arrepentimiento, y regalábase su oído cuando D. José Lobo—su padre espiritual,—la dirigía piadosas excitaciones, encaminando los esfuerzos de su elocuente y persuasiva palabra á que María, verdadera alma de Dios, ofreciera á Dios su alma. Nun-

ca había pronunciado en aquel lugar el nombre de Ignacio, porque jamás la inspiró Ignacio malos pensamientos; pero siempre el recuerdo del simpático marinero surgía en tan solemnes momentos, llenando de confusión el espíritu de María.

Estaba ésta desengañada de todo punto, convencida de que Ignacio no la correspondía en su afecto: pero sabía resignarse, y aun sabía también extraer consuelos de la raíz amarga de sus pesares.

El fervor religioso de María revistió los caracteres de verdadera exaltación mística. Era el suyo un rezar continuo, inacabable. Frecuentaba los sacramentos, oía misas y entreveraba sus quehaceres con la práctica de piadosos ejercicios.

Y así se pasaba la vida sirviendo á Dios de obra y de palabra. Pero no porque se refugiasen sus facultades en el amor divino al no lograr el humano, pues no encontraba María oposición entre ambos sentimientos, antes bien coexistían los dos en su espíritu. No de otra suerte que coexisten en muchas personas devotas, el amor consagrado á la divinidad y el dedicado á la Virgen María, Madre del amor hermoso.

La sencilla y devota joven tenía de Ignacio un concepto superior. Amaba á Dios sobre todas las cosas; al prójimo como á sí misma; á Ignacio más que á sí misma y que al prójimo.





XVII.

ANTES de muchos días estaba Antonia en la ciudad. Allí continuaron agitando su espíritu tristes previsiones. Y esto y la pobre vida que llevaba, ocasionó quebranto en su naturaleza, no exuberante de salud ni tampoco de gracia, como antes.

Vivía Antonia en una mala posada, en casa tosca y pobre y en calle asimismo pobre, y por añadidura extraviada. Eso sí, no era la casa suya de las peor situadas, pues estaba próxima á la desembocadura de la calle, por aquel extremo más limpia, regular y ancha. Veíase desde allí la plaza, por cierto muy solitaria y triste, como es precisión en toda plaza grande que carece de animación y movimiento. La calle comenzaba

á estrechar más abajo de la casa de Antonia, y estrechando por grados iba á terminar, á bastante distancia, en callejón feo y sucio, con casuchas de nada buen aspecto, donde estaba arrinconada, en bien propio lugar, la hez de la gentuza. A cualquier hora que se pasase por allí, oiríanse voces descompuestas, diatribas escandalosas, denuestos groseros; entre bocanada y bocanada de humo de cigarro, y dichas por labios femeninos, palabrotas duras, feas, de esas que no cuadran bien en labios masculinos y que no saca á luz, por vergüenza, el Diccionario. Y oíanse también silbidos arrastrados como de sierpe, y vocecillas empañadas tarareando canciones cursis, coplas desvergonzadas, tonadillas de zarzuela bufa. Por caso raro llegaba el eco de tales ruidos al otro extremo de la calle. En la cual tenían su domicilio ciudadanos pacíficos de la clase del pueblo, posaderas de señores y curas de aldea, empleadillos de escaso sueldo y militares retirados de poca graduación y mucha familia; gentes todas honradas, ó, lo que tanto vale, no pecadoras por oficio.

En aquella retirada calle y en la pobre posada, vivió Antonia desde su llegada á la

ciudad: allí esperó temerosa la hora del fatal trance..........................

El tiempo corre que vuela, y volando ó corriendo, llegó para la desgraciada costurera la solemne crisis de la maternidad, cese forzoso en sus labores de pespunte y dobladillo...

Nació la criatura: era un montoncito de carne blanduzca, de un color rojizo. Mucosidades de color amarillento cubrían cara y manos; fué menester despojarle de tales mucosidades y proporcionar aire á sus pulmoncillos tapando las insignificantes narices, soplando en la diminuta boca. ¡Críticos y solemnes momentos aquellos en que, unida ante graves peligros, la vida de dos seres, puede decirse, de uno y otro, que tienen la vida en un hilo!

A los pocos días se bautizó el recién nacido, aunque le habían echado agua de socorro, en la iglesia parroquial de San Jorge: en la partida bautismal consta que se llama Venancio Fuertes: pusiéronle por nombre el del Santo del día. Ejerció funciones de madrina una muchacha, por dos conceptos compañe- de Antonia: pertenecía al gremio costure-... y había sido desgraciada en amores. Lo

de siempre, que no la querían cumplir una promesa y pagar una deuda, de donde tomaba ella motivo para decir que las palabras de los hombres siempre son falsas. En lo cual, según un vecino, son iguales los dichos de los hombres y los hechos de las mujeres. Inducciones y deducciones que aderezaba con sal y pimienta, la retórica al uso de los que hablan de portal á portal... ó de ventana á ventana.

La convalecencia de Antonia fué larga: intensa fiebre durante los primeros días, hizo pensar en la muerte á los que estaban á su alrededor. Si Antonia hubiera ido al cementerio, Venancio pararía en el Hospicio. Los insignificantes ahorrillos de la pobre costurera se agotaron bien pronto. Por dicha las mujeres vecinas eran de excelente natural, y ayudábanla con lo que podían.

La señora de Martínez, que habitaba la buena casa próxima, mandaba, á hurtadillas de su marido, continuos socorros.

Después de tomar muchos calditos más ó menos colados, y tal cual traguete, no siempre puro, logró Antonia levantarse del lecho. No parecía la de antes; desarreglado el cuerpo, contrastando la palidez blan-

quecina del rostro con el negro amoratado de las ojeras que circundan unos ojos hermosos, grandes, pero parados y sin brillo. Sus mejillas estaban como descarnadas, sin color los labios.

Muchos días pasaron antes de que se animase su rostro, sus labios se sonriesen y brillasen en sus ojos destellos de alegría: efectos del mejoramiento logrado, y causas de que el mejoramiento continuase, hasta dejarla sana y salva.

Y por natural reacción sintió entonces tranquilidad y contento, como quien se halla en posesión quieta y pacífica de la buena salud, sólo apreciada en lo que vale, por quien algún tiempo se ve privado de sus beneficios. Y volvió á sus prácticas de costurera entreveradas con sus quehaceres de madre, que no sólo había de amamantar á su hijo con la leche de sus pechos, sino también cuidarle solícita contra toda influencia extraña que pudiera ocasionar males en su delicada naturaleza. No poco tiempo le llevaba el hacer ropitas que le preservasen del frío abrigándole en la cuna durante las largas oras que se pasaba el pobre niño, privao del calor incomparable que presta el re-

gazo maternal... Venancio era muy nervioso y sumamente llorón: como concebido entre agitaciones nerviosas, entre ayes y lágrimas.





XVIII.

YA repuesta Antonia y normalizado su vivir entre las labores de costurera y los trabajos de madre, corrió para ella un periodo relativamente feliz; llena de esa satisfacción que produce una existencia serena, quieta, pacífica, cuando no trabajan el alma penas y sobresaltos y puede abandonarse á un interior reposo, á una manera de inmovilidad y descanso. En calma su espíritu, logró la lucidez de quien ve las cosas en su punto y las estima en lo que son y las juzga según lo que valen, prenda dichosísima y segura garantía de verdadero bienestar. ¡Cuántos son los que, rodeados de prósperos sucesos, pero minados por proyectos ilusorios, ó por desencantadores pesimismos, en todo motivo e dicha hallan sólo desgracia! Y qué pocos, ›s que rodeados de ésta, pero dotados de

espíritu bien surtido en mundanas experiencias, exprimen su raíz amarga y sacan de ella los goces que encierra solamente la tranquilidad en la tribulación!

Con la reposición moral y física de Antonia, volvió á su tez la frescura y á sus formas, más abultadas, aquella elegante morbidez, que era uno de sus principales encantos. Su rostro trocó los movimientos nerviosos, la expresión apasionada, por cierta serenidad y quietud. Cubierto el fuego de sus pasiones por cenizas de desengaño, conservábase latente aquel ardor que quizás á los pasados extragos añadiese algún día otros nuevos. Su garantía contra tales peligros estaba en que supiese rehuir la ocasión tentadora: cosa asaz difícil cuando se trata nada menos que de toda una vida. Y lo malo está en que la reincidencia es peor que la primera culpa, pues atenúa la gravedad de ésta la inocencia misma. Es la inocencia virtud ciega, que vive á oscuras y á tientas camina, y que así se pierde ó se salva según da en peligrosos lugares ó llega á puerto de salvación. En la reincidencia, por el contrario, se obra á cartas vistas, con plena conciencia de lo que se hace; habrá circunstancias que pre-

paren la culpa y que mitiguen su gravedad; pero la responsabilidad siempre alcanza, de manera eficaz y directa. Bien fácil sería que, empujada Antonia por contrarias circunstancias, se dejase resbalar por la suave pendiente del vicio, plano inclinado que tiene el abismo por paradero. No había en su mirada y en su aire señales de arrepentimiento; ese aire de espiritualidad que parece envuelve á quienes borran sus faltas con la práctica de la virtud; estaba su mirada, por el contrario, llena de matices de la dulzura sensual, que á un tiempo acaricia y provoca, residuo delator de su pasado, presagio de un análogo porvenir. Y aun de vez en cuando contraíanse sus facciones de una manera picaresca, burlona, como si nueva sacudida de su complicado sistema nervioso devolviese á sus facciones los encantos que prestan la expresión y el movimiento.

Otras veces, escapábase de su pecho algún suspiro apagado, alguna queja sorda, que apenas vibraba en el aire, pero que vibraba de manera bien distinta en su corazón, despertándole por un momento del sopor pasajero que le embargaba. Entonces subía maquinalmente á sus labios el nombre de Ig-

nacio. Y era, que se iniciaba en su pensamiento un nuevo periodo que no caracterizaría ya la dejadez perezosa, el sopor de las potencias y el adormecimiento de los instintos.

Por fortuna, debilitadas las fuerzas físicas de Antonia, no correspondía el calor de sus sentidos á los ensueños de su pensamiento. Y aun los ensueños mismos cedían bien pronto; así que por cualquier motivo, Venancio, personificación de la realidad, hacía volver á la realidad la vista y el pensamiento de su madre.





XIX.

ANTONIA solía trabajar en la casa de los señores de Martínez; una casa de ventanas rasgadas y galería corrida, que se alzaba al lado de la suya, ofreciendo con ella contraste. Agradecida Antonia á la señora por sus repetidas caridades, procuraba agradarla en todo y por todo. Con lo cual, satisfecha la señora, propúsola que entrase á servir. Antonia abandonó con mucho gusto las miserias de la posada humilde, para entrar en la casa flamante; cesó en sus oficios de costurera para ser criada, cosa, como más segura, más útil.

Si Antonia aceptó con gran placer el ofrecimiento de la señora, por su parte ésta o celebró menos la aceptación. Que aquel hiquitín de pelo ensortijado, menudas facciones y hechiceros gestos, que llevaba el

feo nombre de Venancio y que revelaba su maternidad por sus gracias, servía á la buena señora de grandísimo entretenimiento. Y á fe que la pobre harto necesitaba buscar distracciones por el estilo, para curarse de los disgustos que le causaban los diabólicos hábitos y el endiablado genio de su marido. Era éste un hombre avaro, usurero, lo que ya mostraba su mirada inquiridora y fina, que, dotada de rara movilidad, sabía plegarse hasta contemplar la extremidad de su nariz, larga, multicolor y disforme. No sólo era usurero de monedas; también era usurero de sentimientos; sin duda por estar metalizados sus sentimientos todos. Su pobre mujer, más bien que compañera, parecía víctima, constantemente ofrecida en holocausto á sus egoismos tiranizadores; sin merecerlo en modo alguno, porque la pobre señora, así era sencilla, apacible y buena, como desgraciada.

Antonia no pudo encontrar colocación que le fuera más útil. Su señora, platicando con ella frecuentemente, daba expansión á sus bondades. Y amén de esto, cuidaba de Venancio, asistiéndole esmeradamente de enfermo, regalándole según podía de sano, y siem-

pre queriéndole mucho y prodigándole toda suerte de caricias.

Pero la señora de Martínez tenía malísima fortuna; desde que puso su cariño y sus complacencias en aquel niño tan alegre y gracioso, las alegrías se eclipsaron y se marchitaron las gracias. Su salud, nunca buena, era entonces peor; en la debilidad de su cuerpo y en las sombras de su rostro, podían descubrirse vaticinios de muerte.

Aquel niño, concebido en pecado y nacido de pecadora, se moriría pronto... De cómo Antonia, al propio tiempo que hacía servicios al diablo, criaba ángeles para Dios.

Á Venancio, por la debilidad extraordinaria de su naturaleza, hacíanle muy mal efecto los fríos. En seguida le atacaba una tos seca, persistente, que rascaba las paredes de su garganta y repercutía en las concavidades de su pecho. El pobre niño empleaba todas sus fuerzas en toser. Antonia no estaba preocupada; la señora lo estaba muchísimo. No cesaba de acudir al niño con jarabes que suavizasen la garganta. Llevábalo sumamente abrigado, teníalo en cama tre sudores las horas muertas, y no logra- desarraigar la tos, que terca, persisten-

te, no cejaba un punto en sus empeños. Así estuvo mucho tiempo el pobre Venancio. La señora, no exenta de temores, abrigaba también esperanzas con respecto á su curación.

Antonia, sin dar al mal importancia, continuaba dedicándose á sus labores. Y no cesaba su actividad, y no perdía tiempo alguno, como si la pasión de la constancia la inspirase. En la monotonía de una vida sin accidentes, representaba el trabajo un objetivo, y Antonia empleaba en realizarlo todo el calor que ponía siempre en sus empresas. Así en ejercicio su actividad material, volaba su pensamiento por la región de lo ilusorio. Si fuese su sensualismo el de la mujer meridional, propicia á la quietud dormilona que presta vago tinte y encanto mayor á los sueños amorosos, rehuiría entonces el trabajo; pero era la hija del Norte, que necesitaba la acción del trabajo, en la plenitud de sus fuerzas materiales, para que éstas, alentadas por el vagar, no secundasen las solicitaciones del pensamiento.

El niño dió en padecer accidentes al comenzar la dentición, periodo de la niñez en que se resienten naturalezas bien organiza-

das. Su cuerpo quedó muy débil; la tos no decreció; faltáronle condiciones para la vida... llegó la muerte. Antonia lloró mucho; la señora, siempre sensible, lloró también; pero más rabió y vociferó el señor, irritado con aquellas mujeres que provocaban escenas y turbaban la tranquilidad de la casa y de la familia.

Cuando se llevaron el niño, que parecía imagen de cera, vestido con túnica rosa, muy puestecito en la diminuta caja pintada de blanco y azul, las mujeres lloraban á lágrima viva. Gimoteando, mascullando breves contestaciones á las impertinentes preguntas de las vecinas, siempre curiosas, y sobre todo en casos de duelo, esto es, cuando más huelga la curiosidad, siguieron la caja que encerraba los restos de la criatura.

Al llegar á la iglesia, repicaron alegremente las campanas. Las dos mujeres se entristecieron más...

Así no podían estar en la iglesia... tuvieron que volverse á casa...

Al volver, y entre suspiro y suspiro, poco me la voz, dejando escapar gruesos lagriones, decía la señora á la criada:

—Mira, mujer... en el campo hay unos

gusanitos ¿no sabes? sumamente feos... De esos gusanitos feos salen las mariposas, que son tan bonitas... A eso le llaman metamórfosis... ¡Misterios de la creación!... Pues ahí tienes lo que ha pasado con nuestro niño... de gusano se ha vuelto mariposa... Era niño... y es ángel... ¡Dichoso él!

Antonia estaba muy agitada; los disgustos para ella eran pasajeras sensaciones, que se revelaban por medio de nerviosas sacudidas. Su señora estaba más dolorida; no era la sensación que subleva los sentidos; era el sentimiento que turba la tranquilidad del alma.

Todo su pasado apareció á los ojos de Antonia. El recuerdo de su hijo llevaba como por la mano el pensamiento á los días de sus relaciones con Andrés. Al acordarse de Andrés surgía en su imaginación la figura de Ignacio... pero entre Ignacio y ella se interponía un niño, un ángel vestido de rosa, el pelo ensortijado, pálido de color, las manos cruzadas sobre el pecho... Era Venancio Fuertes.

Antonia no era la tierna muchachuela que, aun en los albores de la vida, siente de manera extrema los efectos de la sensibili-

dad, y por esto, y por su peculiar complexión pronta á recibir impresiones, y más pronta todavía á olvidarlas, no tardaría en lograr nuevamente la tranquilidad y el sosiego perdidos, por la prematura muerte de Venancio.





XX.

ANTONIA, la mujer voluble, no tardó en recobrarse: se calmó el revuelto y cenagoso fondo de sus desengaños; cesó la revolución de la sangre; terminó el amotinamiento de los nervios, y, ya tranquilos los sentidos, dedicóse con nuevo afán á sus constantes trabajos.

Corrió entonces un periodo de gran tranquilidad para Antonia: más animada cada vez, hallaba satisfacción en robar á las ocupaciones corto tiempo, y buscar gentes de Santa Cristina con quienes hablar algún rato. Así sabía noticias del puerto y se complacía en los recuerdos de su pasado. Cuando está en calma el espíritu, es eficaz la influencia bienhechora de los recuerdos: ni los de cosas tristes desagradan, bien que conmuevan. es que la sensación no se transmite á través del tiempo, y adquiere así la realidad,

evocada por la imaginación, carácter pasivo, bañada por un tinte de vaguedad indefinido y borroso, aunque poético. Claro está que en Antonia no habían de ser muchos los días en que disfrutase interior reposo y lucidez de juicio, que mal se avenía esto con su carácter.

Una mañana se descuidó Antonia, parándose delante de las tiendas (sobre todo si lucían en escaparates vistosos primores y caprichos de *bisutería*), mirando á la gente en su incesante ir y venir, zarandeándose muy á su sabor por calles y por plazas, y tomando el sol que, después de muchísimas aguas, aparecía orondo y satisfecho, enviando á la tierra codiciados rayos á guisa de paternales caricias. De todas partes salian ruidos, y todos tenían la alegría alborozadora de tan hermoso despertar. Abiertas las tiendas, barrían los dependientes con prisa, próxima la hora en que comienza el movimiento de compradores, y sólo suspendían algún corto momento su tarea para decir piropos del género cursi á muchachitas de servicio, que pasaban repartiendo sonrisas dulces y miraditas tiernas. Más de un mancebo de tienda balbució halagüeñas frases al oído de Anto-

nia, pero unos piropos borroban el recuerdo de los otros, quitándose mutuamente peligro. Antonia estaba ufana, satisfecha; tales galanteos regalaban sus oídos, y en su imaginación aparecían como el colmo de lo perfecto aquellos cupidillos tan peinados, afeitados y peripuestos, tipos de afeminada corrección y ninguna soltura ni elegancia, acostumbrados á despachar cosas muy viejas con falsas palabras y mentirosas sonrisas, de vendedores al por menor...

Saboreaba calladamente Antonia los galanteos que iba recogiendo en aquel triunfal paseo matutino, cuando á la vuelta de una esquina se encontró de manos á boca con Ignacio. La boina medio caída sobre la ceja derecha, los pelos en confusión, la cara sudorosa, las ropas remendadas y viejas con olor á brea y á salitre, el andar oscilante como si hubiese aprendido aquel balancear de su cuerpo en el balanceo continuo de las aguas... ¡Ignacio era todo un hombre de la mar y todo un buen mozo!...

--Ojos que te ven, Antonia.

—Lo propio digo, Ignacio.

—Parece que te prueban los aires de la ciudad... y ya no quieres los del puerto.

—Todo es bueno, Ignacio... y yo no desprecio nada.

—Hay quien murmura lo contrario...

—¡Puede!... que nunca faltan malas lenguas... Y ¿qué me dices de Santa Cristina?

Ignacio refirió porción de cosas... era el cuento de nunca acabar. Y en tanto, no apartaba los ojos un punto de su antigua y hermosa compañera. Así se estarían hasta sabe Dios cuándo, si Antonia no interrumpiese al marinero diciendo:

—Vaya, Ignacio... yo tengo quehaceres.

Y se sonrió con altivez graciosa y caminó apresuradamente; en tanto que Ignacio, plantificado en medio de la calle, decía en alto, sin poder contenerse:

—¡Desdeñosuela!... ¡Vaya si está reteguapa!...

No sé lo que tiene la vida de ciudad, pero ello es que presta á las muchachas un barniz de limpieza, buen aire y soltura, que las pone como nuevas. Mejoran un cien por cien; y las feas vuélvense pasaderas, y las pasaderas tórnanse guapas, y las ya guapas pónense guapísimas. Comiendo bien y durmiendo mejor, pronto le salió al rostro lo uno y lo otro, en forma de buen color y ex-

presión de salud... ese aire especial de quien tiene sus necesidades satisfechas.

Antonia lograba ahorros, aun después de comprarse al fin de cada mes alguna prenda. Con lo que se compraba, que era por lo general, aunque modesto, nuevo y flamante, y con lo que, por añadidura, la daba su señora de ropas de desecho susceptibles de recomposición, salía Antonia por las calles vistosa, aunque sencillamente aderezada...

Ignacio quedó impresionado; aquella nueva forma en que se presentaba, más tentadora que nunca, la belleza de Antonia, le subyugó por completo. No estaba ya su piel bronceada por la acción constante del sol, ni curtida por los vientos salitrosos de la playa; su cutis, de áspero volviérase suave, y vivo de color antes, había adquirido un tono apagado, pálido mate, que la prestaba singular encanto. La impresión de la belleza física rinde y subyuga en un momento. Ignacio no pudo sentir esta impresión, que vence por sorpresa, mientras vió en Antonia á su antigua compañera y constante vecina; pero delante de Antonia, fámula en la ciudad, hallóse rendido el marinero de Santa Cristina. Por eso, desde que habló con An-

tonia, no cesó de recordarla, con el aditamento esencial de todas las prendas de su traje: la saya de merino azul, el justillo negro entallado, el pañolón blanco con dibujos multicolores, el negro zapato ciñendo no muy breve pie, y descubriendo el arranque de bien torneada pantorrilla, y amén de todo esto ciertos perfiles, como los pendientes nacarados y el collar de cuentas de azabache, acariciando su blanco cuello, en que se destacaban las venas azules como en el mármol las vetas.

Antonia, mientras estuvo con Ignacio, supo fingir indiferencia; ni se desvaneció, según fuera fácil, al notar su actitud: dueña de sí, acertó á manejar las mejores armas estratégicas. Al alejarse de Ignacio, embargaba todo su sér dulcísima emoción de contento. De puro alegre tenía ganas de llorar; palabras de gozo subían á sus labios, empujadas por ondas de dicha que brotaban de su corazón. Gozosa con los ensueños de la mente, no se fijaba en cuanto bullía á su alrededor; corría como por máquina de una en otra calle, cual en busca de expansiones para el gran placer que sentía. En su pecho habían vuelto á nacer las más ilusorias esperanzas.

Salió Antonia de su ensimismamiento al reparar la insistencia de un descarado perseguidor que no por primera vez la seguía. Un hombre pequeño, feo y asmático, de barba cana, mirada lujuriosa y antipática presencia. Antonia se acordó de D. Serapio y encendióse en cólera; pero en seguida surgió con nuevo encanto el recuerdo de Ignacio Ruy.

El reloj de una tienda dió las diez; pies, ¿para qué os quiero?, corrió Antonia en dirección á la casa, buscando pretextos para justificar su tardanza inexplicable. A fin de abreviar, cruzó callejones y entró en su calle por aquel cierto lugar de que se habló en otra parte. Evitaba así una vuelta de tres minutos, y no estaba para perder ni medio siquiera. Por tan estrecho extremo de la calle sobraban sombras; pero Antonia cerró los ojos como si no hubiese bastantes. Baja la vista y la faz turbada, paseó su hermosura por aquel lugar, donde la belleza tenía la marca del vicio y era género de contrabando. Antonia volvió á ponerse de mal talante. Ni halló de muy bueno á su señora, merced á la tardanza. Cavilando en su encuentro con Ignacio, comenzó á sentir deseos,

cada vez más vehementes, de volver á Santa Cristina; y como creciesen por resultas sus enojos, iban de mal en peor los quehaceres de la casa.

A todas éstas, el señor de Martínez, por sugestión de su nunca satisfecha avaricia, decidió trasladarse á su casa de campo para vigilar los trabajos é imponerse economías, ávido siempre de aumentar sus capitales.

Antonia no quiso alejarse más de Santa Cristina, y aprovechó aquella coyuntura para volver al puerto.





XXI.

SINTIÓ mucho Antonia dejar á la señora de Martínez; eran grandes los favores que la debía. También el egoismo tenía su parte, y muy principal, en aquel sentimiento, pues con dificultad hallaría colocación que reuniese mejores circunstancias. Quien no se consuela es porque no quiere; Antonia se consoló de veras y prontísimo.

Así como así, por aquellos días se celebraba, en lugar próximo á Santa Cristina, una romería ya tradicional en el país, y siempre muy concurrida y animada. Antonia decidió no faltar á la romería. Pensando en ésta, agitábase con las intuiciones del gozo; veía en perspectiva Antonia incomparable paréntesis á sus trabajos, que resarciéndola, en su opinión, de los pasados, daríala aliento para los futuros. En los cua-

dros que pintaba el deseo en la tabla de su imaginación, siempre Ignacio aparecía en primer término, luciendo su figura arrogante y simpática.

Hasta que se marchó Antonia á Santa Cristina la persiguió por la capital á guisa de sombra negra, el hombre de marras. Aquel feo, pequeño, de barba canosa, tos asmática y otras semejantes perfecciones. Antonia le tenía mala voluntad: la implacable insistencia de tan ridículo tenorio, era un estímulo más para que Antonia desease la marcha á Santa Cristina.

Se fué rebosando satisfacción infantil, bailando de gozo, más alegre que unas castañuelas, interrumpiendo sus placenteras canciones con frescas y sonoras carcajadas, y con donaires y burlas. Y su voz llevaba hasta muy lejos ecos de alegría, resbalando sobre la plana superficie de las aguas del mar, donde apenas se notaban otros ruídos, fuera de los ruídos de la nave, que el aletear de los peces cuando brincaban á la vista de los tripulantes, retorciendo las colas y dando palmetazos en las aguas con sus bien repletos vientrecillos. ¡Qué inocentes estarían ellos de que muchos hombres, que desde las naves

tendían redes, estaban atentando contra su independencia, para después de aprisionarlos en las mallas, regalarse con sus ricos y variados sabores en ese pisto que llaman *caldeirada!* Los patos nadaban satisfechos revolviendo las aguas con el pico, y á veces se zambullían de cabeza alzando al aire sus patas y sacudiendo gozosos las plumas. Los peces pagaban el pato; que los diligentes ánades, en tales excursiones submarinas, los aprehendían y los devoraban. En tanto, los golfines desfilaban en larga hilera luciendo, en su movimiento de rotación, el lomo acharolado.

Las tintas rosadas de una postura del sol singularmente bella, prestaban al cuadro los encantos de la poesía. Era la del sol en su ocaso, una luz suave, discreta, acariciadora; á sus destellos destacábanse en la naturaleza las quebraduras del paisaje desigual y variado; y en sus bellas cambiantes mostraban distintos, pero apacibles tonos, entre los que predominaba un azul blanquecino, las tranquilas y reposadas aguas de la mar. ¡Qué contraste entre su actitud pacífica de ahora, y sus iras y sus agitaciones de otras veces!

Cuando llegaron á Santa Cristina, sumamente baja la mar dejaba al descubierto grandes peñascos llenos de lapas y de charcos, donde nadaban pequeños pececillos. Entre los peñascos abundaba un barro fangoso negruzco como limo, y allí corrían de costado, según lo tienen por costumbre, bien provistos de extremidades y muy armados de coraza, feísimos cangrejos. Como no hubiese fácil modo de desembarcar, tuvieron los marineros que descalzarse y remangarse el pantalón, para echarse al agua, que aun así subía de las rodillas, y llevar entre sus brazos á la gente pasajera. El más listo y mejor mozo de los marineros, llevó á la risueña Antonia, sin duda para ser dueño por algunos instantes de moza tan graciosa, y por el secreto gustillo de decirla intencionado piropo mientras estaba en sus brazos, y aun para oir sobre su cabeza alegres y picarescas risotadas. Así que la dejó sobre una peña, corrió Antonia brincando de una en otra hasta llegar al reluciente arenal, de tránsito no fácil por lo movedizo del suelo. Arrebatada Antonia por sus deseos de llegar á la humilde casa donde creció de niña y vivió de mujer sus mejores años, corrió

y corrió como una loca sin apenas detenerse.

Y ya en su casa, cesó de correr; pero no cesó de gozar, sintiéndose dominada por arranques de júbilo y transportes de entusiasmo.





XXII.

La ermita de Nuestra Señora de los Remedios, estaba situada entre castaños frondosos de tronco formidable, amplia y rumorosa bóveda, verde follaje y sombra fresquísima.

No lejos de la ermita, brotaba entre rústicas piedras, vestidas de musgo aterciopelado, un fecundo raudal de pura y cristalina agua, que tenía en el país renombre de milagrosa. Allí lavaban las devotas madres las cabezas de sus chiquillos, y bebían ellas aunque no tuviesen sed.

La ermita era mezquina y pequeña; por sus mal blanqueadas paredes, trepaban atrevidas yedras que osaban escalar la misma espadaña. Pendían de ésta dos campanas de timbre muy agudo, que en la mañana de la fiesta no cesaban de repicar.

El día se presentaba hermoso: soplaba

fresco Nordeste y el cielo estaba enteramente despejado. Por todos los caminos llegaban gentes satisfechas y bien aviadas; mozos de ancho sombrero y largo pantalón, vestidos á la manera de pueblo, y tal cual viejo que por excepción conservaba el antiguo y pintoresco traje de la aldea; el calzón ajustado, las polainas bien ceñidas, el chaleco con bordados de colores en la espalda, y al hombro la chaqueta con cuello alto y botones plateados como el chaleco; faja encarnada, limpia camisa y rizada montera de pana y terciopelo; larga cachiporra en la mano y en los bolsillos sendas castañuelas, para bailar según la usanza perdida, la alegre, tradicional y característica *muiñeira*. Vejetes así animados con sus ribetes de verdes y sus perfiles de borrachos, apenas faltan en tan solemnes ocasiones. Tampoco faltaba alguna que otra mujer graciosamente puesta, con dengue encarnado, blanca cofia y mantelo oscuro, prendas que hacían resaltar la gentileza y el donaire de los cuerpos.

María también fué á Nuestra Señora de los Remedios; se había ofrecido cuando se recrudecieron sus dolores del estómago... Llegó á la ermita sumamente temprano,

apenas apuntaba el alba, y estuvo largo rato en oración; las rodillas en la tierra, cruzadas las manos, fija la vista en la imagen de Nuestra Señora. Reflejaba la sagrada imagen el amarillento resplandor de muchas velas, ofrecimiento de otros tantos devotos.

Oyó María Bordas la primera misa y recibió el pan de los fuertes. Tornó después á rezar con la propia devoción, y no era muy entrada la mañana cuando volvía al puerto. No reparó al salir del soto en que Antonia Fuertes llegaba seguida de animados galanteadores. ¡Y qué oposición había entre el andar humilde y las maneras sencillas de la una, y el desenvuelto andar y las libres maneras de la otra!...

A las doce menos muy pocos minutos, empezó la misa solemne. El párroco de aquella ermita, funcionaba de casulla; Don José Lobo y otro señor, sumamente grueso, estaban de capotes; y por supuesto que achicharrados, pues la ermita era pequeña, el calor estival había enrarecido el aire, y sobraban órganos respiratorios.

En el coro cantaban cuatro clérigos de sobrepelliz y sotana. La voz que más se oía era la de un presbítero procedente de León,

pueblo de Becerril; en cuanto comenzaba á cantar, veníase á las mientes de quien le oyese el nombre de su pueblo. No faltaba una voz regular, pero algo golada, que cantaba con parsimonia ribeteando mucho las conclusiones. Acompañaban el canto un clarinete de caña carcomida y un trompetín de pistón. Soplaba en éste con todo sus pulmones un mozo perniquebrado, y tocaba aquél un pobre ciego. Completando la lucida instrumentación de viento, había un bombo colosal y unos platillos estridentes. Bombo y platillos no funcionaron sino en el *introito* de la misa para acompañamiento del clarinete y trompetín, que daban á los aires con tosca marcialidad los sabidos acordes del himno de Riego. Los instrumentos secundarios corrían á cuenta de dos chiquillos que parecían hospicianitos. Vaya por los otros que semejaban proceder de algún cuartel de inválidos.

Así que concluyó la misa, á la una y media de la tarde, salió la procesión; rompiendo la marcha el gaitero, acompañado en su tocata por los redobles del tamboril; después el pendón de seda encarnado; luego rico estandarte bordado en sedería con golpes de

oro; por fin la Virgen rodeada de flores. Y siguiendo á la Virgen los clérigos, con pañuelos de yerbas en la cabeza, por miedo á las insolaciones, ó abierto el amplio paraguas de lana de color. Cerraban el cortejo los ya dichos músicos tocando la marcha real, y grandísimo tropel de gentes en confusa y abigarrada mescolanza, de los más vivos y pintorescos colores. Y en tanto, ni la rústica concurrencia se saciaba de mirar, ni cesaban de repicar las campanas, ni de estallar con alegre y animado ruído bombas y cohetes.

Había porción de mujeres vendedoras sentadas en la yerba, y tenían delante cestas de fruta y sacos de pan; otras, detrás de una mesa cubierta con mantel, despachaban rosquillas frescas y botellas de licores y gaseosa. Allá en apartado extremo del soto alzábanse tinglados no muy seguros, cubiertos de ramaje, donde que comer no faltaba y sobraba que beber. Abundaba gente que invadiese estas sucursales de taberna, ó que hormiguease alrededor de los pipotes puestos en carros y sobre paja, ó que chupase en los puestos caramelos y saborease rosquillas. Amén de todo lo cual, por los rincones, bajo los copu-

dos árboles, merendaban comparsas alegres, menudeando los tragos para sazonar las tajadas, y bromeando con esa libertad rayana en la licencia, que es característica de las fiestas al aire libre.

Oíase el estallido de los cohetes, el cantar alegre de los mozos y la voz áspera de los aguadores al pregonar *agua de limón fría*. Y no cesaba el trompeteo ruidoso de la música, ni el sonsonete quejumbrón y armonioso de la gaita, ni el sordo ronquido de la primitiva *zanfona:* á cuyos sones—que excepto el de la gaita tenían más de ruídos,—bailaba con loco frenesí la turbamulta de la mocedad de ambos sexos.

Había rubias de ojos azules y pelo dorado, que despertaban doradas ilusiones y sueños de color de rosa. Y no faltaban saladas morenas de negro pelo y de ojos negros rasgados, que por cierto rasgaban las entrañas de sus galanes, al bailar con gentil desenvoltura y con aire de rompe y rasga. Allí estaba Antonia, destacando su busto con arrogancia tentadora, respirando felicidad, caído el pañuelo de la cabeza sobre las trenzas de pelo, revuelto éste por el aire, sonriendo sus labios con mohín de picardía, guiñando los

ojos con burlón hechizo, dejando escapar palabras de desdén y moviéndose sin cesar con la mayor gracia del mundo. Y en frente bailaba Ignacio Ruy, siguiendo con sus ojos, encendidos por la bebida, el girar de los ojos de Antonia, que ya se escondían entre las pobladas pestañas, ya se iluminaban al calor de los sentidos con exhalaciones de pasión, sin cesar un punto, merced á la pasión misma, en aquel incesante movimiento de su nerviosa actividad.

Para que nada faltase, había también sus correspondientes señoritas, mejor ó peor aderezadas, y muy ufanas con su acompañamiento de muy peripuestos y redichos caballeretes, que acaso regalaban los oídos de sus preferidas, con tiernas endechas amorosas.

Se improvisó un baile *por lo fino*, vamos al decir. Giraron precipitadamente las parejas en el wals; dijérase que apostaban á cuál lograba velocidad mayor; danzaron después al compás de la muelle música de las habaneras, que recuerda el perezoso mecer de las hamacas, y pespuntearon, en fin, los menudos saltos de la mazurka.

Las gentes labradoras, imitando la seño-

ril manera, bailaron también lo que dieron en llamar *apegadizo* y *agarradiño*, aunque su aire, sus maneras, sus hábitos, todo, parecía *despegarse* de semejante bailar.

Después de ponerse el sol, iban llenos los caminos de gentes que tornaban á sus respectivos hogares, aturdidas, mareadas por el ruído y la balumba de la fiesta. Quedaban sólo en el soto algunos grupos alrededor de varios carros portadores de grandes pipas, que derramaban en tazas de barro el vino, como si no sobrase ya en muchísimas cabezas. Entre los aficionados medio chispos, charlaban desvergonzadas mozuelas en quienes se había volatilizado la honradez.

Estaban alumbrados aquellos corros por candiles de luz mortecina que esparcían círculo de luz bien pequeño. Algunas parejas, cansadas, sin embargo, de tal publicidad, retirábanse nada ruborosas al fondo oscuro, donde arrimadas al tronco de algún robusto árbol continuaban, como si tal cosa, sus coloquios.

Notábase en el ambiente olor á vino, y con vino y aguardiente parecían condimentadas las exclamaciones que daban los ebrios al aire. Algunos reñían; otros cantaban.

Puesto el mozo en frente de la moza; el palo apoyado en el suelo, el codo en el palo y la mano detrás de la oreja; y en tales casos, las roncas voces trascendían á lo que delataba el aliento. Aquellos cantos, que llegaban de los apartados caminos como el rumor lejano de una queja, parecían allí la queja misma, al confundirse la voz tierna de la mujer y la grave del hombre, en ecos de monótona dulzura y de poesía inacabable.





XXIII.

IGNACIO, sin beber mucho, se achispó muchísimo, por la mezcla de vinos diferentes. Ya chispo, regresaba de la romería con Antonia, seducido por sus gracias, y permitiéndose en el trastorno mental espontaneidades peligrosas. Antonia reíase con verdadero contento, y el mareo de Ignacio subía de punto con las risas de Antonia. Iban los dos de la mano, sin que notase él cómo ardía la mano suave y pequeña de Antonia; reparando ésta cómo aumentaba gradualmente el calor en la mano de Ignacio; dijérase que buscaba el calor equilibrio de temperatura.

De cuando en cuando sentábanse en la erde yerba.

La noche estaba hermosa; la luna en melio de la bóveda celeste; la bóveda celeste

vestida de azul. Caldeada la tierra por el sol bochornoso de aquel día, todo convidaba á gozar las caricias y halagos del amor, con la complicidad incitante de noche tan serena y apacible. De cómo hacía la noche veces de tercera en amores, de comprometedora Celestina. Por lo demás, no era sepulcral el silencio, que se oía el chirriar de las cigarras, los lejanos ladridos de los perros y el sonsonete hueco y aflautado de los sapos. Señalábase en el cielo prolongada nebulosidad con apariencias de gasa flotante: el caminito de Santiago. Había multitud de estrellas; algunas corrían rápidas de un punto á otro. Pero Ignacio no alzaba á lo alto su insegura vista; teníala fija en otra estrella: Antonia Fuertes. Veíala Ignacio rodeada de mágicos hechizos, iluminada por los reflejos de la luna, que bañaban su sonriente rostro. Y era bello observar cómo tililaban los lunares rayos en las celosías del ramaje verde, y cómo se quebraban entre las hojas deslizándose á su través en busca de los peregrinos encantos de Antonia. No siguieron ésta é Ignacio el mismo camino que la generalidad; fuéronse por senderos apartados. Y aunque la distancia no era mucha, tardaron largo rato en re-

correrla; y á pesar de su cansancio no ser grande, más de una vez reposaron sobre el mullido césped.

Sentada María á la puerta de su casa, disfrutando muy en santa paz la frescura del relente, salió de su distracción al sentir confuso altercado de palabras. Un hombre que andaba con lentitud y se expresaba lo mismo, delatando, así en el andar torpe como en el tardo hablar, todo un día de locuras y de excesos; y una mujer que interrumpía la conversación con risotadas alegres, que trascendían también á júbilo y á fiesta.

María sintió conmoverse todo su sér, y permaneció en la inacción del asombro aturdida, confusa, ciega. Antonia, sin contar con aquel testigo, siguió camino de su casa, y detrás Ignacio, expresándose con torpeza, diciendo atrevidos piropos. Ya en casa de Antonia, Ignacio se dejó caer sobre un banco con perezoso abandono; comenzaba ese sopor y cansancio que sigue á los enervamientos del amor y á las alteraciones de la bebida. Antonia multiplicó nuevamente sus encantos; volvió á poner en juego todos sus coquetismos. A la luz de humilde candil, sentada en pobre banco, destacándose sobre

negro fondo, estaba Antonia lo más gitanesca, lo más graciosa y provocativa que se puede decir ni pensar. En plena noche y en la soledad del campo, rodeada de una aureola de misterio, iluminada por los reflejos de la luna, podría antojarse Antonia más bella á la imaginación, siempre caprichosa y soñadora; pero á la luz del candil, chispeantes los ojos, encendidas las facciones, descarado el aire, ofrecía encanto mayor á los sentidos. Alto el seno, erguida la cabeza, miró á Ignacio con la loca alegría, con el orgullo de quien está segura de vencer. Ignacio, ante el conjuro de aquellas miradas, sacudió la pereza que embotaba los cansados sentidos, se agitó con impulso amoroso. Antonia también cambió de actitud; se entornaron sus párpados, abandonó su cuerpo con languidez insinuante. Ignacio era otra vez el protagonista en aquella escena, el hombre de la pasión y de la vida. Atrajo con sus brazos el cuerpo de Antonia exánime á los presentimientos del deseo; acarició con su mirar el mirar de tan bellos ojos; posó sus labios de fuego sobre aquellos labios de grana.

La puerta se abrió de pronto: apareció

María. Arrebatada por los celos, todos los tormentos de su pasión reflejábanse en el rostro. Dieron en erizarse sus cabellos, en temblar sus piernas y sus brazos, en rechinar sus dientes, al contemplar la gentil y amorosa pareja. Después prorrumpió en una carcajada histérica, espantable, que crispaba los nervios y helaba la sangre. Por fin exhaló un agudo grito de dolor y cayó al suelo exánime. Antonia gritó también horrorizada: entraron en la casa un pelotón de gentes que acertaban á pasar por el camino. Pegado á la pared Ignacio, revelaba en el incierto mirar los anteriores excesos y las presentes vergüenzas. En el rostro de Antonia veíanse señales no menos claras de turbación: eran verdaderamente acusadoras sus respectivas actitudes. Ignacio sintió fuerte conmoción del alma; cesó el calor excitante de los sentidos, recordó el pasado de Antonia, se halló indigno y frágil, y en presencia de tal escena acusadora, huyó renegando de su antigua compañera.

María volvió pronto en sí. En tanto, ahogaba Antonia entre lágrimas de hiel, en un llorar inacabable, sus más preciadas esperanzas y sus últimas ilusiones.

De la primera caída de Antonia, fué causa el desbordamiento de malos deseos sugeridos por la presencia de Ignacio. Alejada de Ignacio después, subsistieron los recuerdos ilusorios, proyectando en lo futuro por virtud de un espejismo moral, engañosos ensueños. Ahora, sólo quedaban los deseos torpes nacidos al calor de la pasión. Antonia huyó á la ciudad.





XXIV.

En la cocina de la casa del cura, Don José Lobo, platicaban una noche sus habituales tertulios. Así como así, no faltaba materia que diese pábulo á la conversación y aun á la murmuración y la disputa.

Todos aportaban noticias; todos añadían comentarios. Los nombres de Antonia Fuertes, María Bordas é Ignacio Ruy, no cesaban de pronunciarse.

Habla el sacristán en voz baja arrugando el entrecejo:

—A mí me aseguraron que Ignacio y Antonia ya se entendían en la ciudad... y me lo aseguró quien los vió juntos... y no es mujer de palabras engañosas; la tía Rosa de Santos.

Y la senil guisandera añadió:

—Por lo visto el Ignacio sabe matarlas

callandito... pero el diablo tiró de la manta.

—Eso es llamar diablo á María—arguyó sonriendo el fabriquero de la parroquia,—porque María fué quien los descubrió... Y... ¡que me lleve Judas, si hay en Santa Cristina otra más santa!

La cocinera puso por único comentario á tal explicación un raro gesto, un expresivo alzamiento de hombros, y las palabras siguientes:

—Muy santa... ¡pero vaya una resignación! Entregadita á Dios, y comiéndose con su rezar á los santos, pero mirar, mirar... Tiró de la manta para los otros, y también se descubrió ella. En la cama delira con la calentura y murmura el nombre de Ignacio, y se agita y revuelve cuando habla de Antonia. A lo que yo sospecho, también ella las matará callando.

—¡Murmuradores!—interrumpió el cabo de mar;—mejor hiciérais en compadecer á la pobre María.

Y en este punto comenzó á expresarse el maestro de escuela muy doctoralmente, como dirigiéndose á sus discípulos:

—María es una pobre enferma, que padece del cuerpo y del alma; tiene la misma

enfermedad que Antonia... y que muchas otras mujeres. ¡Pero ha nacido para vestir imágenes la pobre!... De Ignacio, psh, ¿qué queréis que os diga?... ¡lo que tiene perder el juicio!...

—Y lo que pueden las chicas guapas—dijo burlonamente el cohetero;—porque, señores, la verdad en su lugar, lo que es Antonia, no tiene vuelta.

—Cierto—prosiguió el maestro,—cierto que las perfecciones de Antonia son inmejorables... Pero á mi parecer, sin la perturbación mental, Ignacio hubiera sido juicioso... ya le viene de casta...

—Mire, señor maestro, mire—dijo el cohetero; los de mejor casta le hacen de las suyas cuando llega el caso. ¡Bah, bah! ¡ríase de cuentos, y no se fíe mucho de las castas! Las cabras tiran al monte, y los hombres... ya sabe usted á dónde tiran.

—¡Hombre, hombre!—dijo el maestro,—por San Pedro mártir!... ni tanto ni tan calvo... hay que poner las cosas como son, y no pintarlas de distinta manera... Ignacio es un gran chico... muy codiciado por las muchachas, pues tiene muy buena planta de mozo, y muy deseado por las madres; al fin here-

dó su capitalete; luego es espavilado para ganar... y pronto han de relucirle las costillas. Ignacio no echa copas á diario... un día, bueno, *sanseacabó*... es un día..., descuidillos de la mocedad... canitas al aire... Pero pongámonos en el caso de Ignacio... después de echar las copitas; habla con una buena moza... la mejor moza de Santa Cristina; provócale ella sin querer... ó queriendo; regresan juntos de la fiesta... y los caminos están solos... y ellos vienen acompañados... y las copitas bailan en los cuerpos... y los cuerpos no se olvidan de que lo son, y los diablos no descansan... Ya tenéis armada la cosa. ¡Y tanto ruído para tan pocas nueces!... Yo defiendo al muchacho.

—¡Vaya una manga la del señor maestro!—dijo López.

—Al señor maestro quisiera yo en el confesonario,—añadio la guisandera.

—Es que si yo fuera clérigo, otro gallo os cantaría. En el confesonario, como en el confesonario... y aquí como aquí.

—De manera que para usted—interpeló al maestro el sacristán,—toda la responsabilidad carga sobre Antonia.

—Yo no digo nada sobre responsabilida-

des,—contestó el maestro torciendo la geta.

—Como de buena casta no es,—añadió López.

—Así fuera buena como es guapa,—interrumpió el cohetero.

—Siempre ha de responder á los suyos—volvió el sacristán á interrumpir;—hija de Feliciana y sobrina de Tiburcia, ¿cómo no ha de ser diabólica?

—Siquiera, sirviese para echar las cartas y decir la buenaventura,—prosiguió el cohetero.

—También da la buenaventura,—contestó López.

—¡Ca!—exclamaron varios.

—Pregúntaselo á Ignacio.... ó que lo diga Bordas,—tornó á repetir aquél.

Después siguieron hablando de Feliciana y de Tiburcia, contando los amores de la una y las brujerías de la otra. Y recayó nuevamente la conversación en Antonia, y salieron á relucir otra vez María é Ignacio, y no cesaron de charlar hasta que se presentó D. José con su rosario de gruesas cuentas.

—Buenas noches—llegó diciendo el cu-..—¿Habéis visto qué nubarrón tenía en-na esta tarde el monte Cuvero?

—No era mala *montera*, no; yo pienso que tenemos agua,—repuso el maestro.

—Dios le oiga, señor maestro... y así venga mucha, que toda es menester—añadió López.—Y prosiguió:

—Maíz de nacimiento hay mucho. ¡Si Dios quisiera que se lograse todo! Bueno fuera, que la cosecha del año pasado nos dejó partidos. ¡Válgame Dios, qué ruín cosecha! ¡Y después ninguna venta de ganado!...

—Pero en cambio no faltan contribuciones... Dios dará remedio—concluyó el cura.

Y el cura y los presentes pusiéronse de rodillas, y comenzó el santo rosario.





XXV.

QUEDÓSE triste y sombrío Ignacio desde que ocurrió la famosa escena en que hizo funciones de protagonista. Ya sereno el juicio, comprendió toda la pasión que inspiraba á la sin par Antonia, la mujer que sabía encender los sentidos y excitar las pasiones, pero no inspirar puros y suaves sentimientos.

Aquel suceso hízole cavilar en proyectos de matrimonio; su pensamiento embebecido antes en otras atenciones, comenzó á preocuparse de éstas. Por de contado que quería lograr hembra honesta y bien criada, sencilla y discreta, buena y cariñosa, que así sirviese para dueña de su casa como para madre de sus hijos. Y deseaba también que no estuviese exhausta de monises en la bolsa y de gracias en el físico. Partes y prendas

que aisladas no se hallan siempre, y que juntas sólo por caso raro se encuentran.

Ignacio expuso su pensamiento á D. José Lobo, que por cierto abundó en razones muy concertadas y en muy elevados consejos, á fin de que pospusiese miras bajas y mundanales en tal ocasión, la más principal y solemne de la vida.

No perdió Ignacio por todo esto la tranquilidad de su ánimo; su constante quietud y reposo, que, como queda dicho, fué siempre poco extremado en sus afecciones.

Continuó dedicándose con esfuerzo y constancia á los trabajos de la mar, que al cabo era uno de los patrones más entendidos, y el más laborioso de los matriculados en Santa Cristina; y cuenta que tenían todos bien ganada fama de muy expertos y de no menos arrojados. Por regla general, descuidadamente aviado, pero conservando siempre lo gentil y simpático de la apariencia, el problema de hallar mujer, sólo se le ofrecía difícil en fuerza de ser fácil. Que ninguno se presentaba en Santa Cristina que, al talle acabado, al rostro apacible y al agradable aire, reuniese los aditamentos de patrón de barco y de muchacho independiente y rico;

á lo cual, había que añadir su fama de indiferente en verdad tentadora para la mujer, de suyo aficionada á las batallas y á las victorias de amor.

Entre los varios pensamientos que sin contienda porfiada bullían en la imaginación de Ignacio, ocupaba preeminente lugar el recuerdo de María Bordas.

Los postreros rayos del sol, al caer de la tarde, están impregnados de suave y poética belleza, pero carecen de brío; no queman y apenas iluminan; así el recuerdo de María causaba en el ánimo de Ignacio una impresión dulce y bienhechora, pero poco fuerte y eficaz.

Al recuerdo de la dolorosa escena en que se quebrantó la salud de María, personificación de la bondad y de la desgracia, sentía Ignacio compasión para la desgracia y respeto para la bondad; un sentimiento mixto, complejo, independiente de la juventud, y sin asomos de pasión, por el contrario que aquel que palpitaba intenso y puro en el pecho de la pobre enferma. La cual, postrada en el lecho desde que sufrió duro golpe en noche de triste recordación, sintió agravarse sus dolencias; ardía el cuerpo por la calentura,

su alma sentía frío. Y acelerado el pulso, muy despierta la imaginación, no lograba tranquilidad alguna. En el constante delirio no cesaba de repetir el nombre de Ignacio, y cuando pronunciaba el de Antonia, su rostro contraíase con señales de horror. Veía la gentil pareja confundida en estrecho y prolongado abrazo, y notaba que se sonreían provocativa, sensualmente, expresando pasión los ojos chispeantes, derramando pasión los labios, confundiéndose sus brazos y sus rostros... ¡Ah! pero se irían á los infiernos. Y los veía después en los infiernos donde tenían por castigo vivir abrazados y quemándose sin poder desasirse; expresando odios sus miradas, rebosando maldiciones sus labios... ¡Ah! pero ella testificaba la presencia de tales horrores, y sentía fuego diluído en sus venas y fuego aplicado á sus carnes... ¡Horror! ¡horror! ¡estaba también en el infierno!...

Después de tan furiosas tempestades, que arrancaron de sus labios palabras de maldición, vino la calma, el decaimiento, la lógica consecuencia de tan peligrosa crisis. Una quietud de entontecimiento como si se hubieran agotado todas sus fuerzas físicas y

morales. Estaba tendida en el lecho, muy abiertos los ojos é inmóviles, como sin vida, sin luz y sin reflejos.

D. José Lobo visitaba con grandísima frecuencia á su querida hija de confesión. La cual logró por fin una noche reparador descanso en sueño largo y tranquilo. Al despertar volvió la vista á la cabecera de su cama, donde murmuraba devotamente el cura los latines del oficio divino. El rostro de María se bañó en lágrimas. Aquello quería decir que la inacción de su mal, se resolvía en expansiones de dolor. D. José la consoló con breves y cariñosas palabras. María respondió con inconexas frases de cristiana compunción. D. José alzó los ojos al cielo en actitud de gracias.

Había cobrado esperanzas de que su salud física se repusiese, y para tal caso tenía por seguro que se repondría su salud espiritual. Por de pronto era preciso alejar del pensamiento de María todo motivo de preocupación, y esto procuró D. José.

Aún trabajada por el escozor de los remordimientos, continuó María mejorando lentamente en su mal. Cuando llegó á tener plena conciencia de sus actos, y pudo re-

construir en lo interior la historia de sus desgracias, el dolor de su alma subió de punto. Hallaba complacencia en prolongar sus coloquios sobre materias de religión con el buen cura. Y comenzó así un periodo de gran exaltación religiosa, en que sintió conmover hondamente su alma, los vértigos de divino amor.





XXVI.

Antonia llegó á la ciudad completamente descorazonada. Ni ánimos tenía para buscar trabajo, ni mucho menos alientos para trabajar.

Otra vez dió en perseguirla el hombre valetudinario. Ya no le correspondía Antonia con miradas de cólera, ni arranques de desdeñosa genialidad; aburrida, hastiada, indiferente, escuchó un día y otro tantas y tan enojosas insistencias.

Encontró trabajo por fin; pero no cumplió urgentes encargos, se abandonó á su pereza y logró verse en la calle... y tosiendo detrás, y mirándola insistentemente, y colmándola de floreos cursis con un hablar baboso y antipático, el hombre de siempre. Aquel sér humano, feo y tristón, que llevaba traje negro, tenía ojos negros y se dejaba negra barba... la sombra negra de la infeliz

Antonia. Un día no tenía ésta que comer—¡ah, si fuese solamente aquel día!—y aceptó un convite de semejante hombre. Fueron á un mal fonducho; cuartos independientes. Les sirvieron carne cocida, carne asada, carne mechada... comieron á pedir de boca. Antonia lo había menester. Después permanecieron de sobremesa. Él, mientras jugaba con bolitas de pan empleando un hablar dulce como las mieles, hizo á la chica infames proposiciones. Antonia se levantó como si tal cosa, y se marchó muy frescamente. No por esto el galán dejó de perseguirla; aquella tentativa frustrada, fué un estímulo más. Volvieron á comer juntos. Él se deshizo en agasajos; él y ella bebieron hasta emborracharse. A la muchacha le dió por llorar; el hombre renegó y despotricó por su cuenta... Después proyectó dar la batalla y rendir la fortaleza... tomándola por asalto. Hubo gritos y puñetazos... Antonia pudo más; cuando acudió gente de la casa, ella huyó, y él, tumbado, sudoroso, rumiando groserías, hacía la más rara figura. Y fué su rabia mayor, al notar las mal reprimidas risas de los que se hallaban presentes...

Siempre genial y desdeñosa Antonia,

aquel hombre feo y antipático fué la última víctima de sus genialidades y desdenes.

Antonia, la mujer que se movía por la pasión y para la pasión, no había nacido para la continencia ni la virtud. De todo punto desamparada, veíase también en la miseria... Se rindió á sí misma.

No muchos días después habitaba la misma calle de antes, pero en el otro extremo, en aquel lugar solitario y ruín, donde tenía el vicio su habitación.

Así se consumó la degradación moral de Antonia Fuertes.

María Bordas, ya restablecida y en calma, dió en frecuentar, con más celo y mayor ahinco que nunca, las prácticas religiosas; á mayor abundamiento, solía tener con don José Lobo detenidas conferencias en que se trataban puntos de religión. El deseo vago ó firme, pero constante de su vida, la hermosa aspiración de su alma, sería pronto un hecho. María disponíase á entrar religiosa.

Aislada del mundo, de sus tentaciones y de sus peligros, fortalecería la fe en Dios, aumentaría por Dios la caridad y aun logra-

ría, en la constante práctica de la virtud, garantía para que se realizasen sus esperanzas de vida celestial y eterna. Apartada del mundo rogaría por los suyos, por aquéllos á quienes ofendió, por los que la ofendieron. Pero lo que más seducía su alma, era el deseo de emplear sus energías en obras de caridad, ó séase de puro y desinteresado amor, que, inspirado por la divinidad, habíase de consagrar á ella.

La tierna joven tenía sed de mortificación, porque es la mortificación crisol que purifica; amaba la santa pobreza, de la cual puede decirse con el Cantar de los cantares «negra soy, pero bien parecida;» ansiaba poner el sello divino á las secretas promesas de su alma con el voto de castidad que clava la carne y ataja sus arrebatos, como dicen las Escrituras, y deseaba perseverar en la humildad, frecuentando el sacramento de la Eucaristía, que simboliza el colmo de la humildad, por ser el colmo del amor. Y con tales consideraciones, expuestas por D. José Lobo con verdadera unción, y luego en la soledad del templo y en el retiro de su casa meditadas por María, iba caldeándose de manera gradual su espíritu. Y es fuego ese,

como el de todo amor, que si no crece en forma proporcional, antes quiebra y rompe que consolida y afirma, pero de ningún modo realiza lo que bien puede llamarse soldadura moral; de la propia suerte que, no bien aplicado el fuego material, tampoco es posible la material soldadura.

Según se caldeaba el espíritu de María en el amor divino, más vivo era su afán de poner el pensamiento en cosas de lo alto y de consagrar á las mismas todos sus impulsos amorosos. Siguiendo distintas vías, siempre paraban sus consideraciones en Jesús, porque la vida religiosa es la unión de Jesús y del alma en un verdadero desposorio. Sus pensamientos solían adquirir el relieve, las formas materiales y tangibles que prestaban los sentidos á las abstracciones del pensamiento.

Recordando María con hondo sentir sus arranques é irritaciones de que fué causa Antonia, meditaba alguna especial penitencia que borrase con el recuerdo la gravedad de tales culpas. Antonia causó en su alma las mayores tristezas, hiriéndola en sus puros é inocentes amores humanos; al trocar éstos por otros amores divinos, era su deber

olvidar de todo punto las ofensas, y extirpar de su alma los residuos del mal querer ó de encono.

. . . .

. . . .

Al abandonar el mundo para siempre; al profesar, después de algunos meses de noviciado, despojóse María de tal nombre, para ser en la vida religiosa *Sor Antonia de Jesús*.

Así llegaron á término de perfección las cristianas virtudes de María Bordas.





XXVII.

Sor Antonia de Jesús estaba en un hospital de Recogidas en ciudad, poco distante de Santa Cristina de Montemar. D. José Lobo solía escribirla contando noticias del puerto, que no turbaban en lo más mínimo la tranquilidad y el contento de la excelente religiosa; así había sabido la llegada de Andrés y su próxima boda con la hija de D. Serapio.

Hacía ya algunos años que era hermana profesa en aquel hospital Sor Antonia, cuando llegó una mujer enferma y pobre. En sus miradas, llenas de languidez sensual, notábanse resíduos de mala vida y síntomas de próxima muerte; estaban rodeados sus ojos de una franja de amoratado negror, y hundidos en el anguloso rostro; la piel descolorida mostraba todos sus huesos; cubría frío sudor la frente, respiraba con dificultad. Al

dar su nombre habló con trémula y apagada voz; se llamaba Antonia Fuertes. ¡Quién lo había de decir! Sor Antonia de Jesús fué la hermana designada para atenderla.

Al verse las dos mujeres, confundiéronse en estrecho y apretado abrazo. Antonia no parecía la misma; Sor Antonia de Jesús tampoco. La buena salud coloraba el rostro de ésta; ceñíanle blancas tocas; mostraba una sonrisa espiritual, seráfica, aprendida en la cabecera de los moribundos prestándoles inefables consuelos. Desde que Antonia entró en aquella casa no hizo sino llorar; dichosa en medio de su desgracia, sorprendióla la muerte con lágrimas en los ojos y entre los brazos de Sor Antonia de Jesús....

....

El cura de Santa Cristina recibió extensa carta de su querida religiosa, contando la muerte de Antonia; D. José la participó otra no menor desgracia. Ignacio Ruy, su querido Ignacio, el excelente patrón, había sido víctima de un temporal desencadenado. Inútil fué su pericia, que sólo pudo llegar á tierra cuando las olas del mar le arrojaron cadáver. Coincidieron la muerte de Ignacio la muerte de Antonia; los que de niños

llamaron *la pareja*, los que murmuraron después por envidia de las gracias de una y de la fortuna de otro, juntábanse para rezar por los dos.

Sor Antonia, al saber la muerte de Ignacio, sintió mortal estremecimiento. Pero se repuso bien pronto; volvió al cielo sus ojos anegados en lágrimas y exclamó:

—Dios mío, hágase tu voluntad.

FIN.

